vestuario hostil

de cambio de estación o anunciadores de la estación nueva y se hacía indispensable cambiar nuestra vestimenta y el sombrero, no sólo el calzado. Si los zapatos nuevos nos encantaban, el traje y sobre todo el sombrero nuevos nos incomodaban, nos desazonaban fueran los que fuesen. La gorra de marinero en invierno que nos apretaba en las sienes, el sombrero de paja con sus grandes alas y la cinta elástica que nos apretaba la barba por abajo en verano, los trajes de piqué almidonados, los de paño que nos ceñían demasiado los sobacos, los abrigos que casi nos inmovilizaban, todo con muchos botones, el martirio de los botones: «Ay, qué niño éste, ya se le ha caído otro botón.» A los niños de entonces nos atraían los trajes viejos, usados; no nos encantaba estrenar más que zapatos, es curioso porque los zapatos nuevos nos resultaban tan incómodos como los sombreros y los trajes, eran siempre rígidos y duros, los de charol como los lustrados con betún, los de playa como las botas de campo. No se hacía aún calzado flexible y suave sino a medida y a los niños nos compraban el calzado hecho, más bien grande para que no se nos quedara chico antes de gastarlo, y reforzado para que no se nos gastara pronto. Otra cosa curiosa, de una curiosidad que no excita el deseo de satisfacerla: el traje corriente de los niños en todos los países de Europa, incluso en los de tierra adentro, era el de marinero; el traje de marinero elegante, eso sí se comprende, era el de marinero inglés. Había otro traje infantil de mayor elegancia aún y que no tenía que ver con la marina, un traje excepcional, el de escocés, con su faldilla, su cartera y su puñal, el traje más vistoso y más costoso. Jorge Brummel no hubiera vestido así a su hijo, en el caso de que hubiese caído en el descuido poco dandy de tener un hijo. Rafael y yo nunca tuvimos el traje de escocés pero nos prestaban para jugar en casa los puñales de los trajes de escocés que tuvieron nuestros hermanos mayores, Críspulo, a quien no conocimos, y Perico.

puñales escoceses

el tranvía de mulas

Los días corrientes, casi todos los días del año, cuando salíamos de paseo, al llegar a la Puerta del Sol hacíamos lo más divertido, tomar el tranvía, y colmaba la diversión que el tranvía estuviese lleno y fuéramos en la plataforma delantera, al lado del mayoral que iba de pie con las riendas de las dos mulas en la mano izquierda y la tralla en la derecha, la cual agarraba además el manubrio del freno. La mano movía el freno y lo aseguraba el pie derecho apretando con el refuerzo de cuero pegado en la punta de la alpargata un tope entre los dientes de una rueda en el suelo. En las cuestas abajo, es decir cuando más necesitaba hacer este movimiento, el mayoral se veía obligado a mantener el equilibrio del cuerpo solamente con el otro pie, tirando nada más que lo justo de las riendas, es verdad que entonces había una cosa menos de qué ocuparse, la tralla, que se dejaba a caballo en la barandilla, la cuerda hacia fuera y el palo hacia dentro; guiar un tranvía resultaba más difícil que hoy resulta conducir un camión, exigía facultades más delicadas. Rafael y yo empinándonos lográbamos ver las ancas de las mulas y nos gustaba especialmente verlas alzar la cola y descubrir algo que parecía arrugado y se estiraba, dilataba y abría hasta dejar caer unas bolas gruesas, blandas y doradas, fenómeno que solía ocurrir en las cuestas arriba, mientras resaltaban las formas turgentes de las bestias; el enardecimiento que tal esfuerzo nos producía se aliviaba en los altos de la cuesta si las mulas se paraban un poco y se abrían de piernas para lanzar su chorro. El olor a piel sudada y a cuero sobado nos embargaba desde que en la Puerta del Sol subíamos a la plataforma del tranvía de mulas; nuestros pulmones se ensanchaban en la calle de Alcalá, al llegar el tranvía a la Equitativa, ensancharse la calle y empezar la bajada que se hacía vertiginosa a partir de San José hasta la Cibeles, del hombre casto a la diosa de la naturaleza; la estatua de esta diosa estaba a un lado de la plaza, en la entrada del paseo llamado de Recoletos, no por el convento de esta orden que según dicen hubo allí, eso es leyenda, sino, seguramente, debido a que por dicho paseo huyeron los monjes espantados ante la madre de los dioses paganos, triunfante en su carro tirado por un soberbio tronco de fieras. Madrid tenía también su mitología, aunque algo ramplona, hay que reconocerlo; en la época a que me estoy refiriendo, Rafael y yo todavía no la conocíamos. El tranvía podía seguir derecho sin perder la velocidad adquirida a medio freno en la bajada que aprovechaba cambiando el paso de las mulas, del trote con que bajaban al galope tendido, en la subida iniciada después de atravesar la llanura de la plaza; pero aquí el espectáculo era siempre nuevo, emocionante y el mismo, como un número de circo: antes de llegar a la plaza se divisaba desde la plataforma que en el otro extremo, donde se iniciaba la cuesta arriba, separábase de un grupo de hombres y bestias situado junto a la acera una yunta de mulas seguida por el mulillero, le llamaban así, el cual sostenía con las dos manos el balancín de los tiros; las mulas y el mulillero se colocaban entre los rieles del tranvía, cara a la cuesta, y no se apartaban al llegar las mulas del tranvía sino que arrancaban al mismo paso en el mismo momento en que llegaban éstas, y el mulillero, un muchacho, dejaba enganchado el balancín en la punta de la lanza de ellas y de un salto salía ileso de entre las bestias, ligando con este movimiento, al poner

mitología madrileña

el mulillero y sus destrezas

V 2893
v. I

CORPUS BARGA

LOS PASOS CONTADOS

Una vida española a caballo en dos siglos (1887-1957)

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

VISOR LIBROS

LETRAS MADRILEÑAS CONTEMPORÁNEAS

vestuario hostil

de cambio de estación o anunciadores de la estación nueva y se hacía indispensable cambiar nuestra vestimenta y el sombrero, no sólo el calzado. Si los zapatos nuevos nos encantaban, el traje y sobre todo el sombrero nuevos nos incomodaban, nos desazonaban fueran los que fuesen. La gorra de marinero en invierno que nos apretaba en las sienes, el sombrero de paja con sus grandes alas y la cinta elástica que nos apretaba la barba por abajo en verano, los trajes de piqué almidonados, los de paño que nos ceñían demasiado los sobacos, los abrigos que casi nos inmovilizaban, todo con muchos botones, el martirio de los botones: «Ay, qué niño éste, ya se le ha caído otro botón.» A los niños de entonces nos atraían los trajes viejos, usados; no nos encantaba estrenar más que zapatos, es curioso porque los zapatos nuevos nos resultaban tan incómodos como los sombreros y los trajes, eran siempre rígidos y duros, los de charol como los lustrados con betún, los de playa como las botas de campo. No se hacía aún calzado flexible y suave sino a medida y a los niños nos compraban el calzado hecho, más bien grande para que no se nos quedara chico antes de gastarlo, y reforzado para que no se nos gastara pronto. Otra cosa curiosa, de una curiosidad que no excita el deseo de satisfacerla: el traje corriente de los niños en todos los países de Europa, incluso en los de tierra adentro, era el de marinero; el traje de marinero elegante, eso sí se comprende, era el de marinero inglés. Había otro traje infantil de mayor elegancia aún y que no tenía que ver con la marina, un traje excepcional, el de escocés, con su faldilla, su cartera y su puñal, el traje más vistoso y más costoso. Jorge Brummel no hubiera vestido así a su hijo, en el caso de que hubiese caído en el descuido poco dandy de tener un hijo. Rafael y yo nunca tuvimos el traje de escocés pero nos prestaban para jugar en casa los puñales de los trajes de escocés que tuvieron nuestros hermanos mayores, Críspulo, a quien no conocimos, y Perico.

puñales escoceses

el tranvía de mulas

Los días corrientes, casi todos los días del año, cuando salíamos de paseo, al llegar a la Puerta del Sol hacíamos lo más divertido, tomar el tranvía, y colmaba la diversión que el tranvía estuviese lleno y fuéramos en la plataforma delantera, al lado del mayoral que iba de pie con las riendas de las dos mulas en la mano izquierda y la tralla en la derecha, la cual agarraba además el manubrio del freno. La mano movía el freno y lo aseguraba el pie derecho apretando con el refuerzo de cuero pegado en la punta de la alpargata un tope entre los dientes de una rueda en el suelo. En las cuestas abajo, es decir cuando más necesitaba hacer este movimiento, el mayoral se veía obligado a mantener el equilibrio del cuerpo solamente con el otro pie, tirando nada más que lo justo de las riendas, es verdad que entonces había una cosa menos de qué ocuparse, la tralla, que se dejaba a caballo en la barandilla, la cuerda hacia fuera y el palo hacia dentro; guiar un tranvía resultaba más difícil que hoy resulta conducir un camión, exigía facultades más delicadas. Rafael y yo empinándonos lográbamos ver las ancas de las mulas y nos gustaba especialmente verlas alzar la cola y descubrir algo que parecía arrugado y se estiraba, dilataba y abría hasta dejar caer unas bolas gruesas, blandas y doradas, fenómeno que solía ocurrir en las cuestas arriba, mientras resaltaban las formas turgentes de las bestias; el enardecimiento que tal esfuerzo nos producía se aliviaba en los altos de la cuesta si las mulas se paraban un poco y se abrían de piernas para lanzar su chorro. El olor a piel sudada y a cuero sobado nos embargaba desde que en la Puerta del Sol subíamos a la plataforma del tranvía de mulas; nuestros pulmones se ensanchaban en la calle de Alcalá, al llegar el tranvía a la Equitativa, ensancharse la calle y empezar la bajada que se hacía vertiginosa a partir de San José hasta la Cibeles, del hombre casto a la diosa de la naturaleza; la estatua de esta diosa estaba a un lado de la plaza, en la entrada del paseo llamado de Recoletos, no por el convento de esta orden que según dicen hubo allí, eso es leyenda, sino, seguramente, debido a que por dicho paseo huyeron los monjes espantados ante la madre de los dioses paganos, triunfante en su carro tirado por un soberbio tronco de fieras. Madrid tenía también su mitología, aunque algo ramplona, hay que reconocerlo; en la época a que me estoy refiriendo, Rafael y yo todavía no la conocíamos. El tranvía podía seguir derecho sin perder la velocidad adquirida a medio freno en la bajada que aprovechaba cambiando el paso de las mulas, del trote con que bajaban al galope tendido, en la subida iniciada después de atravesar la llanura de la plaza; pero aquí el espectáculo era siempre nuevo, emocionante y el mismo, como un número de circo: antes de llegar a la plaza se divisaba desde la plataforma que en el otro extremo, donde se iniciaba la cuesta arriba, separábase de un grupo de hombres y bestias situado junto a la acera una yunta de mulas seguida por el mulillero, le llamaban así, el cual sostenía con las dos manos el balancín de los tiros; las mulas y el mulillero se colocaban entre los rieles del tranvía, cara a la cuesta, y no se apartaban al llegar las mulas del tranvía sino que arrancaban al mismo paso en el mismo momento en que llegaban éstas, y el mulillero, un muchacho, dejaba enganchado el balancín en la punta de la lanza de ellas y de un salto salía ileso de entre las bestias, ligando con este movimiento, al poner

mitología madrileña

el mulillero y sus destrezas

el pie en el suelo, el de sacarse la tralla que llevaba colgando del cuello, empuñarla y correr al lado de las mulas dando trallazos y voces iguales a los del mayoral hasta que las cuatro bestias tiraban a un tiempo y entonces se subía de otro salto al estribo de la plataforma. A medida que avanzaban cuesta arriba, las mulas iban retardando sus movimientos, perdían el galope; mediada la pendiente, siempre en idéntico sitio, no podían correr más y seguían al paso, el mulillero saltaba de nuevo al arroyo y restallaba la cuerda trenzada en la punta que parecía ser ella la que lanzaba las interjecciones y a veces caía en el lomo de los cuadrúpedos, veíamos modelarse a los músculos en las ancas, saltar chispas de los adoquines en cuesta; el mayoral agitaba enérgico las riendas flojas y el chasquido de su tralla sonaba en las orejas de los animales, sin duda para que les parecieran golpes les daban algunos en ellas con la punta de la cuerda: las interjecciones, las blasfemias, los trallazos; el esfuerzo de las mulas, tan finas; el pantalón ceñido, como la gorra, y la blusa flotante, como el pañuelito, del mulillero; la faja negra y pesada formando bolsa a lo canguro, del mayoral; toda esta violencia bestial y ágil, dura en la luz seca, nos arrebataba a los chicos, el rapto de los niños se hacía entonces en tranvía. No conocíamos aún las mulillas de la tauromaquia y desconocíamos por tanto que el arrastre del tranvía madrileño venía a ser igual que el del toro, ahora que más difícil: el del tranvía nos parecía un número de circo, también más difícil que muchos números de circo y más entretenidos. Una vez, sin embargo, nos anonadó a Rafael y a mí: ignoro por qué íbamos en un riperst o rippers (no recuerdo cómo se escribía, aunque lo supe después, debía de ser el nombre de su inventor; nosotros suponíamos que se refería Paco Alcaraz a este vehículo cuando decía: «los riperst del implacable Miranda»), una especie de tranvía sin carriles, tirado por mulas y con una mulilla de arrastre, nada más que una, para subir la cuesta muy empinada de la calle Ancha de San Bernardo; la subida resultaba pobre, además de penosa, el rippers o riperst continuaba tropezando en los adoquines, dando cabezadas en el aire, las mulas se detenían, el mayoral y el mulillero las pegaban y no con la punta de la tralla, como los del tranvía, sino que cruzaban a trallazos el lomo de las bestias y hasta despreciaban la cuerda y les daban de palos en el lomo y la cabeza; los viajeros continuaban dentro zarandeados, resignados. Mas, el rippers, al fin y al cabo, no pertenecía a nuestro mundo, no podría ser considerado lo mismo que el tranvía del Retiro, el tranvía de los niños madrileños bien nutridos, en el cual todos queríamos ser todo, jugábamos luego y, si preferíamos ser mulilleros,

el rapto de los niños

los riperst el implacable Miranda

también nos gustaba ser mulas. Los tranvías de verano, abiertos, con techo, muchas divisiones horizontales, largos estribos, maderas livianas y sin duda porque llevaban cortinillas listonadas, blancas y azules, llamados por la excesiva fantasía popular, jardineras, inspiraban a su vez nuestros juegos, nos infundían deseos de ser además de mayoral, mulillero y mula, el tranviero, le decíamos, que en el tranvía en marcha andaba de compartimento en compartimento por el estribo como el albañil por el andamio, dando y cobrando los billetes. Cuando viajábamos en tren, los niños nos quedábamos estupefactos al ver que en ellos ocurría lo mismo –y ahí sí que era hazaña–, no existía aún los vagones comunicables y con pasillo, el revisor, en el tren en marcha, pasaba de un compartimento a otro por el estribo y lo más arriesgado no estaba en tal paso sino en que los estribos no se unían de un vagón a otro, había que dar una zancada para pasar y todavía quedaba un riesgo mayor que el de la zancada de estribo a estribo, el abrir desde ellos las cerraduras muy duras y los picaportes muy pesados, como las puertas que el revisor debía manejar después de abiertas conteniéndolas con fuerza pues se hubieran destrozado a merced del ventarrón incesante de la velocidad que asaltaba al interior de los vagones causando estremecimiento en los viajeros; con la gorra hasta los ojos y las manos negras, la subida del revisor de noche al vagón daba miedo. Pero todo eso no quitaba prestigio, para nosotros, al tranviero de la jardinera; por el contrario, le prestaba un eco amplificador, una sombra gigante. En fin, por lo que se refiere al tranvía hasta nos gustaba –a algunos les gustaba en primer término– jugar a ser limpiavías, el hombre de la gorra desviada y las botas deshechas de barro y polvo que empujaba una especie de chuzo al revés, de punta doblada, metida en el carril, y al andar iba produciendo el desbordamiento del barro blando y el polvo sucio; andaba sin prisa pero con pausas sabiamente calculadas, sacaba la punta doblada y golpeaba con ella en un adoquín para limpiarla. Nuestro preferido en general, el mulillero de los tranvías, era un personaje callejero de influencia social y política, él lo sabía, había que verlo cuando, llegados a lo alto de la cuesta, desenganchaba sin darle importancia porque estaban fatigadas y caminaban despacio, a las mulas que había enganchado con tanto entusiasmo, cuando arrancaban al galope, las abandonaba seguro de su sumisión como a mujeres conseguidas en una pelea; las mulas que parecían animales amaestrados, pensábamos en los del circo, el balancín del tiro colgado por el mulillero en la collera de la mula siniestra, se volvían ellas mismas de los carriles hacia afuera en relación

hazañas del trabajo

el limpiavías

con el tranvía descendente, las dos del mismo lado, el del balancín, el de izquierda, la circulación urbana de Madrid llevaba la contraria a la de las principales capitales de Europa y las mulas del tranvía para volver a su punto de arranque llevaban la contraria a la circulación de Madrid, bajaban pegadas a la acera de la derecha, llevaban la derecha, eran las únicas europeas; mientras tanto el mulillero bajaba por en medio de la acera, sin cedérsela a los que subían, es decir llevando él también la contraria a la circulación madrileña ciertamente no por europeísmo, por impertinencia, la blusa abierta, la boina ladeada, la colilla en la oreja, la tralla colgada del cuello y las manos con los dedos en los bolsillos del muy ceñido y ajustado pantalón, mirando con descaro a los hombres, piropeando a las mujeres o canturreando la última canción del género chico, sin preocuparse de las mulas sabias que llegaban solas al final de la cuesta y daban media vuelta para ocupar su puesto en la hilera de mulas paradas, todas mirado cabizbajas a la acera, formando un friso de cabezas dolientes, que estaban allí como en una cuadra a la que de pronto le hubieran quitado el techo y los muros; a veces las mulas comían como las de los carros de la plaza de las Descalzas, sumían su dolencia en el saco del pienso, colgado de las orejas, y alargaban el cuello sacudiéndolo, no parecía posible comer más tristemente; el mulillero, al llegar al fin de la cuesta, se añadía al grupo de mulilleros, golfos y vendedores ambulantes que establecían ahí, como al pie de todas las cuestas con tranvías, esos personajes callejeros, unos recostados en el farol municipal que nunca faltaba en la línea donde variaba la inclinación del suelo empedrado, otros sentados en el borde de la acera, sobre la alcantarilla que se abría urbanísticamente en donde terminaban las cuestas abajo, en toda parada de mulilleros; cada parada tenía su grupo permanente sin nada que decir y menos que hacer y desde el cual se dirigían pullas, cuando no se lanzaban insultos o se lanzaba alguno de los presentes a dar un empellón al ciudadano más o menos pacífico que pasaba descuidado o prevenido por el paraje peligroso bajo la acción de tal foco de ocio y turbulencia; Madrid es la ciudad de los cerros, si Roma es la ciudad de las colinas, hay que subir y bajar en Madrid muchas cuestas, costanillas y hasta escalinatas; la ciudad se hallaba salpicada de los grupos antisociales situados en las paradas de mulilleros, en las cuales espontáneamente surgían consignas que, de no tener otra intención que la inmediata, se extendían, se apoderaban de la población; cuando se temían desórdenes una de las primeras precauciones que tomaba la autoridad era disolver los grupos de mulilleros en la vía pública.

el europeísmo de las mulas

un grupo antisocial

Nuestro tranvía no se detenía para que el mulillero desenganchase sus mulas; al contrario, libre de la cuesta y de las mulas, continuaba más ligero, aunque en realidad la cuesta no había terminado del todo sino solamente lo más penoso, pero en todo, incluso en las cuestas, lo más penoso es solamente lo que se nos hace cuesta arriba, lo demás es convalecer, recobrar las fuerzas. Después de haber dado la media vuelta a la plazoleta central de la plaza de la Independencia y su bella Puerta de Alcalá, del reinado de Carlos III como toda buena arquitectura de Madrid, salvo el Palacio Real incompleto y algunos vestigios de otros tiempos, en la que todos los madrileños veíamos huellas inexistentes de granadas francesas de la guerra de la Independencia, había de tenerlas luego de granadas españolas de la guerra civil, se hallaba la parada frente a la acera donde está la puerta principal del Retiro, nosotros nos bajábamos y echábamos a correr hacia la verja, tenían que subirnos al zócalo de piedra para que la pudiéramos agarrar y apretar a nuestro gusto, pues de lo contrario cogíamos una pala de nuestros juguetes o una rama o palo cualquiera que hubiese en el suelo, y corríamos a lo largo de las rejas tocándolas con nuestro instrumento en vez de seguir el camino del estanque de las Campanillas, nuestro lugar de juegos. «Si hay agua no se queden ustedes en el estanque» advertía nuestra madre, pero el estanque estaba siempre seco; no era ésta su rareza sino que no se hallaba hundido sino subido, la tierra había sido subida para formarlo; la niñera se quedaba al pie, se hacía dueña de uno de los bancos verdes, estrechos, con respaldo, hierros trabajados y clavos negros, muy bonitos, que parecían tan naturales como los árboles, depositaba en él nuestros abrigos y la cesta de la merienda y se sentaba a hablar con las otras niñeras sentadas en los otros bancos también junto a una cesta y un montón de abriguitos; los niños jugábamos con relativa libertad subiendo y descendiendo entre el banco y el estanque; de nuestros juegos recuerdo el placer de la carrera cara al viento. Tampoco he olvidado las campanillas del estanque, fueron luego para mí las golondrinas, los balcones y las arpas de Bécquer y todavía hoy cuando pienso en Bécquer lo sitúo entre aquellas florecillas enredadas en la baranda y asomadas al estanque seco.

atracción de la verja del Retiro

las campanillas del estanque

Volvíamos a casa por el mismo camino que habíamos venido, tomábamos el tranvía hasta la Puerta del Sol, seguíamos la calle del Arenal hasta la plaza de Celenque, salvo el día que teníamos algún dinero y para reponer o completar nuestros ejércitos napoleónicos continuábamos hasta la papelería de Palomeque, donde además del papel de carta más fino y

los más elegantes objetos de escritorio, había objetos piadosos, santitos nimbados de purpurina y los mejores soldados de plomo de Madrid. Para pasar por la papelería de Palomeque teníamos que seguir no la acera del Gran Hotel de Oriente y las confiterías sino la otra, muy divertida a su vez, carecía de maletas de piel de Rusia y de cajas de cerillas de Martinho pero tenía una parada de simones o coches de punto, berlinas o manuelas, según las estaciones, que nosotros podíamos tocar, tocábamos en efecto el otoño en las portezuelas charoladas y la primavera en las capotas flexibles e indolentes; a los que no nos atrevíamos a tocar era a los caballos que parecían sin embargo de mentirijillas, clavados en el suelo, inmóviles, cabizbajos, huesudos, con una de las cuatro piernas descansando; no los tocábamos pero los comprendíamos, los niños comprenden la gran sabiduría de los animales. Dejábamos la tienda y la acera de Palomeque para subir por la calle de las Hileras, creo que se llama también así, como la que sube por el otro lado, esta parte de la calle entre otra de las fachadas del antipático edificio del Monte de Piedad y la casa lujosa del marqués de Cabrillas, hasta la calle de Trujillos. Lo primero que veíamos de nuestra casa era el vano oscuro del portal bajo el escudo de piedra y dos ojos de buey de la fachada cerrados con rejas. Una tarde que encontramos abierta una de esas dos ventanitas nos pareció que la casa estaba tuerta. Todo se iba recogiendo como algo que se hubiera extendido y mostrado y luego se doblara para guardarlo una vez más a medida que subíamos por nuestra calle acercándonos a nuestra casa. Sí, las otras calles se habían ido levantando, doblando o enrollando, detrás de nosotros, como el tapiz del circo, como las sábanas de nuestra cama, como el puente levadizo de las fortalezas de nuestros ejércitos. El vendedor de acordeones y afinador de pianos se ponía en pie, cuando hacía buen tiempo y estaba sentado en la puerta, y después de saludar nuestra vuelta con el mismo cariñoso respeto con que había saludado nuestra ida, se metía en su tienda con la silla en la mano para que se pudiera recoger bien la calle. Podía fiarse en nosotros, nuestro horario era fijo hasta cierto punto; de todas maneras éramos un reloj que atrasaba menos que el suyo. Para nosotros, en la acera, delante de nuestro portal, al ir a entrar en él, nuestro mundo horizontal se cerraba como un paraguas y, al subir las escaleras, bajábamos en realidad a nuestro mundo vertical. Llegados a nuestro piso, deseábamos evadirnos, queríamos continuar subiendo; la escalera seguía hasta una pared, detrás de la cual se estrechaba y subía a las buhardillas. Nos estaba prohibido subir pero subimos más de una vez; la escalera terminaba en un pasillo con

caballos cabizbajos, como las mulas

las buhardillas de los pobres

claraboyas por el que las veces que subimos corría el viento entre paredes bajas de puertas chatas con grandes ojos de cerraduras: un atardecer hallamos entreabierta una de esas puertas y atravesamos de un salto el camaranchón para asomarnos a la ventana sobre el tejado, fue un segundo, temiendo no sé qué dimos otro salto para salir y entonces nos fijamos en que el techo tenía agujeros, los ladrillos del suelo estaban rotos y en el suelo había un jergón, no había otra cosa. No nos dijimos nada Rafael y yo pero nos dimos cuenta de que nos habíamos fijado los dos. En aquel Madrid del viceversa, los pobres vivían encima de los ricos. «Señora, la pobre de la buhardilla» anunciaba el criado y salíamos con nuestra madre a la antesala donde estaba de pie una mujeruca arrebujada en un viejo mantón y con la cabeza cubierta de trapos; nuestra madre la hacía sentar, la escuchaba repetir, siempre era el mismo, el relato de sus dolores, le daba dinero y una criada traía un pucherito humeante de la cocina; la pobre mujer lagrimeando y abrigándose con el puchero debajo del mantón, se despedía y escuchábamos cómo subía trabajosamente la escalera. Nuestra madre tenía sus pobres; nuestro padre, los suyos. «Señor, el pobre del duro» anunciaba el criado y salíamos con el criado, a quien nuestro padre le había dado una bella pieza redonda, grande y de plata, para que se la entregara al pobre; éste se hallaba también en la antesala pero de pie junto a la puerta, era un hombre alto, flaco, avergonzado, que parecía querer cubrir todo su cuerpo con el sombrero hongo que tenía con las dos manos, se veía que había perdido todo, incluso la edad; murmurando lentamente las gracias, daba rápido media vuelta y se iba, escuchábamos cómo bajaba con dificultad la escalera. La caridad española era católica y romana, carecía del sentido de beneficencia y de la técnica que tienen los protestantes y los judíos; era más misericordiosa, menos dura, pero menos eficaz que la de éstos. Por la noche, en la cama, cuando oíamos silbar el viento, Rafael y yo pensábamos en las buhardillas, veíamos el pasillo, el camaranchón, la pobre de los trapos en la cabeza, y nos interpelábamos, nos daba miedo, no piedad. Más tarde fue cuando me asaltó el pensamiento de que esa miseria se encontraba a unos metros de nuestras buenas camas calientes, relegada al desván de una casa cristiana en todos los pisos.

la pobre del pucherito

el pobre del duro

no –se ordenaba–, pero póngalas usted separadas para que pueda encenderse sólo una cuando sea bastante.» La luz eléctrica fue un curso de economía para las amas de casa. No se pensaba que esta luz acabaría por utilizarse con la generosidad a que hoy estamos acostumbrados en las casas y las calles; si alguien dijo que la electricidad se haría tan necesaria como el agua y sería gastada con la misma abundancia, se rieron, sin duda, de él o le tuvieron por un utopista. Menos se pudo creer que algún día volvería como un lujo a comerse a la luz de las velas puestas sobre la mesa en los candelabros de plata. El gran problema que planteó la luz eléctrica consistió en que no se sabía qué hacer con los candelabros de plata y los quinqués de porcelana, resultaban trastos inútiles sin más valor que el de su materia, la que lo tenía. Los instaladores de la nueva iluminación intentaron varias adaptaciones, una tuvo éxito universal, no pudo ser más sencilla, como todas las grandes ideas se le pudo ocurrir a cualquiera, la de dar media vuelta a la pantalla de las lámparas que pendían sobre las mesas de los comedores, podían subir y bajar; las revoluciones se adaptan poniendo boca arriba lo que estaba boca abajo. Los cuartos de dormir perdieron su desigualdad teórica y su candelero práctico, la desigualdad estaba en que unos, los ordinarios, no tenían quinqué y otros, los elegantes, lo tenían pero no se encendía y en caso de enfermedad resultaba inservible por falta de uso, la luz de las alcobas y cuartos de dormir era la vela en candelero con arandela de cristal para los señores y palmatoria con arandela de vidrio para los criados y los niños. La electricidad sustituyó al quinqué o se puso en los cuartos de dormir donde no lo había, pero acabó con las palmatorias y los candeleros sin sustituirlos durante mucho tiempo, parecía más nuevo y admirable apagar la luz del centro desde la cama como se hace hoy en los hoteles sórdidos. La palmatoria era un objeto de mucho carácter, tenía sensibilidad, no temblaba lo mismo en las manos de una vieja que se levantaba tosiendo a medianoche que en los de una joven que también a medianoche iba a abrir en secreto una puerta. Esto no lo sabíamos Rafael y yo, pero veíamos que nuestra palmatoria temblaba si nuestra madre la cogía por la noche, se inclinaba sobre una de nuestras camas, la del que tuviera fiebre, y acercaba la llama oscilante a la boca abierta para ver bien el fondo, en cambio se movía rígida cuando el doctor Carreras la encendía para examinarnos la garganta. Sentíamos tal amor por nuestra palmatoria que tuvieron que dejárnosla con su vela: «Es mejor –pensó en voz alta nuestra madre–, si una noche se ponen malos y se ha córtado la electricidad...» En la mesilla, entre nuestras dos camas, la

elogio de la palmatoria

vela sin estrenar de la palmatoria brillaba apagada a la luz de la lejana bombilla eléctrica. No sé qué efecto nos hacía, no lo pudimos soportar mucho tiempo. Dejamos a la palmatoria sin vela, el objeto muerto dejó de estar de cuerpo presente, le quitamos la arandela para jugar con ella al aro sobre la mesa, la palmatoria inservible nos pareció fea y acabamos arrinconándola, no recuerdo cómo desapareció. La electricidad nos sugestionó en los tranvías. El primer tranvía eléctrico de Madrid, el de Salamanca, fue durante varias semanas un tranvía llamado deseo, pero no iba a un barrio popular, como el de Tennesee Williams, sino al más elegante de la ciudad. Los tranvías se llaman aparentemente por su destino, basta prestar un poco de atención para ver que generalmente no es su destino final, es el más deseado de su recorrido: el tranvía madrileño que terminaba en las Ventas, se decía más tranvía del Retiro y sonaba a fiesta; el que llegaba hasta la Moncloa por abajo se decía el tranvía de la Bombilla y sonaba a juerga porque allí estaban los merenderos de organillo, el que llegaba a la Moncloa por todo lo alto no pasaba de ser el tranvía de Argüelles, del barrio de la clase media que había en el camino, y cuando se decía el final no se nombraba a la Moncloa tanto como a la Cárcel, porque estaba un poco antes y sonaba a dramático, el tranvía de la Cárcel. Durante la guerra civil española hubo en Madrid el tranvía de las Trincheras; no era que se hubiese hecho una línea de tranvías hasta ellas, sino que la línea de fuego llegaba al final de la línea de los tranvías. El tranvía de Salamanca no hacía pensar a nadie en la antigua ciudad universitaria bañada por el Tormes ni en el que hizo y dio nombre al barrio moderno de Madrid, un banquero del siglo XIX, es decir, un banquero romántico, derrochador, aficionado a la pintura, quizá porque puede jugarse a la bolsa con los cuadros, y a la música, tal vez para tener en el Real tres o cuatro palcos donde lucir a su mujer y sus queridas, de quien tenía que contarse que al entrar sin un céntimo en la capital viniendo de su pueblo, Málaga la bella, encontró en el suelo una peseta y la apartó con la punta del pie diciendo: «He de coger muchas como ésta», y si en efecto las cogió y las perdió y las volvió a coger, no logró fijar la rueda de la fortuna y murió arruinado como debía morir un banquero de novela. El tranvía de Salamanca no levantaba más eco de esta vida próxima en la época a que me refiero, y romántica, que de la medieval de los estudiantes salmantinos, llegaron a reunirse 14.000, de donde salió la *Celestina, tragicomedia de Calixto y Melibea,* a los nombres se les borra la efigie y su valor antes que a las monedas, despertaba en las señoras y señoritas y también en los caballeros que no vivían

el tranvía eléctrico

en el barrio elegante, el deseo de habitar en éste, confirmaba en los que los habitaban el orgullo satisfecho del deseo cumplido; mas en sus primeras semanas de ser eléctrico, el deseo que despertaba el tranvía se refería no a su destino, a su ser, se deseaba ir en él por ir en él no por ir adonde iba, era igual en principio que fuera al barrio de Salamanca o que viniera de la Puerta del Sol, corazón de Madrid adonde venía a enroscarse la circulación de todos los tranvías, estaban de más los motivos, el deseo se bastaba a sí mismo, se había hecho intenso y múltiple y esto atraía para «estrenar el eléctrico» tal muchedumbre a la Puerta del Sol que las familias deseosas en tiempo normal de ir al barrio de Salamanca, preferían ahora tomar allí frente a las cocheras en la parada final de la calle de Serrano en «las alturas del Hipódromo», del viejo hipódromo, que siempre tuvo aire de viejo, parecía arrugado, el tranvía llamado deseo y venir del barrio. No otra cosa hizo nuestro padre con Rafael y conmigo. En ese tranvía conocimos el lujo de los grandes expresos europeos, los transatlánticos ganaderos de la cinta azul, y los Palace, Ritz y demás caravanserrallos, el lujo ómnibus que tiene su encanto como el individual, el íntimo. Nuestro padre preparó bien la excursión, nos llevó a la caída de la tarde para que tomáramos el tranvía ya iluminado con todas sus luces, un señor de la compañía nos hizo montar en las mismas cocheras, los primeros, y al entrar en el nuevo vehículo nos pareció que estaba lleno, lo estaba en efecto de reflejos, las maderas brillaban tanto como los metales, no nos acordábamos ni podíamos relacionar esto que veíamos con nuestro tranvía de mulas, correas sudadas, tralla ennegrecida, tablones despintados. Unos veinte años después, en un día que estaba amaneciendo, subí roto de fatiga a un tranvía belga idéntico al primer tranvía eléctrico de mi infancia, pero con las maderas despintadas, los metales ennegrecidos, en las luces faltaban las bombillas y a los cristales les faltaban pedazos. Había yo andado toda la noche por las carreteras y los atajos de Flandes, sobre los cuales resonaban los carillones de las aldeas, mis compañeros de prensa y de cansancio me fueron abandonando dominados por el sueño, creo que fui el primer corresponsal de guerra, de la primera guerra mundial de nuestro siglo, la de 1914, que llegó a Bruselas para asistir a la entrada libertadora y triunfal del rey Alberto, llegué antes que el ejército; los alemanes huían a la desbandada, en un pueblo aledaño de la capital pude tomar el tranvía, estaba lleno; las gentes me creían un oficial inglés, por el uniforme, me abrieron paso, me dejaron un sitio; de pronto todas las luces se encendieron, los reflejos de los metales y las maderas llenaron el vehículo,

me vi en el tranvía de mi infancia, con mi hermano Rafael y nuestro padre, con todos los señores, señoras y niños que ocupaban todos los asientos y rebosaban porque algunos niños, mi hermano y yo, íbamos ocupando uno solo para dejar sitio a una señora amiga y otros niños iban de pie en el pasillo al lado de sus mayores, no me he acordado nunca de nada de ninguno de los pasajeros del primer tranvía eléctrico, mi atención se deslizaba entre los reflejos para cogerse a las agarraderas que pendían de las dos barras a lo largo del techo o, más cerca, a las asas que los respaldos tenían en ángulos para poner a aquéllos, como nos lo había enseñado el señor de la compañía en las cocheras, a un lado u otro de modo que el asiento fuera de frente aunque el tranvía cambiase de dirección, porque éste cambiaba de dirección sin dar la vuelta, cambiando igual que el respaldo de los asientos, cual lo habíamos visto hacer ya, y habíamos de admirar luego tantas veces en la calle al, hasta que don Ramiro Suárez nos explicó su función, misterioso trole que llevaba cogido al tranvía por el cogote para que siguiera su camino bajo la dirección del cable aéreo; ahora se dice pronto, pero en nuestra infancia había que ver lo que eran para nosotros los cables aéreos; cuantos años después, en los periódicos de América, siempre que he oído hablar de la Sección de Cables he tenido que reprimir la imagen de un tranvía entrando por el aire en la Redacción. Sin embargo, el estremecimiento nuevo lo sentimos en la sala que tenía en el Palacio de la Equitativa el *Heraldo de Madrid,* adonde nos llevaron a ver lo que nunca se había visto: una locomotora proyectada en una pantalla como por una linterna mágica, mayor que las de nuestros juegos o como las sombras chinescas, y que se agrandaba avanzando hacia nosotros; éste fue el estremecimiento de miedo, en seguida por el mismo procedimiento tuvimos el estremecimiento de risa: el jardinero regando con su manguera desbaratadamente, las dos primeras películas que se proyectaron en Madrid como en otras ciudades europeas.

te la lejanía azul de la sierra. A lo mejor descubríamos en una loma la mancha de un rebaño de ovejas con las figuras solitarias del pastor y el perro; o del fondo de un barranco, en el que había un miserable merendero de madera y latas, subían las notas de un chotis o de un pasodoble para desgarrar, con lágrimas invisibles, algo, el aire tenso, lanzadas por un organillo italiano, que en Madrid se había hecho el chulo de la música. No habíamos dejado de percibir Rafael y yo que de esos barrancos salían, a veces, parejas de hombre y mujer, nos producían una desconfianza instintiva. Merendábamos nuestro pan con chorizo al aire libre de un cerro; una tarde que no pudimos aguantar la sed, Victoriano bajó al merendero de un barranco para traernos una limonada, no quisimos acompañarle, le esperamos en lo alto. No muchos años después, en una de esas arrugas de la Tierra, en uno de esos merenderos miserables, había de vivir yo, con Sole, el único momento verdadero de mi vida. Lo que más nos atraía de nuestro paseo a la Moncloa era, paradójicamente, la vuelta, nos las arreglábamos para volver bajando y pasar cerca del paso a nivel de San Antonio de la Florida, no por el lado donde está la ermita con los ángeles –majas de Goya, que entonces era un paraje gracioso y verdadero, nadie había tenido aún la idea ridícula de construir otra ermita igual junto a la auténtica, sino por el otro lado, donde tuvieron lugar los fusilamientos cuyos cadáveres no recogidos fue a visitar Goya por la noche acompañado de un criado que le alumbraba con una linterna. Todo Goya, el risueño y el horrible, ronda por esos lugares, pero Rafael y yo no lo sabíamos, pues Victoriano, que nos recordaba siempre los fusilamientos, se refería a ellos con sobriedad militar: «El 2 de mayo de 1808, los franceses fusilaron, en este sitio, a muchos héroes madrileños defensores de la patria», tampoco sabía lo de Goya. Se hubiera dicho que la evocación de Victoriano hacía incontenible la sed que veníamos aguntando aposta desde la merienda, había que satisfacerla en seguida en un merendero tan miserable como los de antes y más pequeño, hecho de una vieja caseta de ferroviario manchada de carbonilla, apoyada en la valla del paso a nivel, junto a la portezuela de los peatones. Disfrutábamos más en aquel merendero que cuando íbamos a merendar con nuestro padre y nuestras hermanas al café Suizo. Bebíamos unas gaseosas que, muchas veces, a pesar de nuestra sed, teníamos que escupir porque no eran tan potables: ahora, que las gaseosas eran lo de menos, la sed se nos quitaba o la olvidábamos en cuanto ocupábamos nuestros taburetes, parecía que nos estaban esperando, elevados en una minúscula terraza, más bien un escalón, que nos permitía ponernos de co-

dos en la valla. A la vista teníamos, sobre la carbonilla mezclada al polvo y las piedras del suelo, incrustada en la madera de las traviesas, las vías de hierro reluciente que, al parecer, flexibles, empezaban a entrelazarse contentas de llegar a la estación; sacando el cuello y mirando a la izquierda, las veíamos correr así enlazadas, juntarse y apartarse al fin, donde divisábamos los andenes; mirando a la derecha, seguíamos las paralelas solitarias que nuestra vista despedía tristemente en una curva, dudábamos que aquel año las siguiéramos nosotros arrellanados en un poderoso tren expreso. De la estación solía llegar una vieja locomotora perezosa, con su ténder casi vacío, arrastrando vagones de mercancías sucios y dispares, llevaban caídas las cadenas de seguridad, como los hombres sin camisa y en pantalones, cuando se afeitaban, llevaban los tirantes; avanzaba en silencio, tan despacio, que un ferroviario con careta de carbonilla marchaba muy tranquilo delante jugando con un banderín rojizo y turbio en la mano. Podía suceder que este convoy desastrado se detuviera en el mismo paso a nivel; de todos modos, poco antes o poco después, siempre acababa por detenerse y, entonces, se oía un sonido campestre de cuerno, menos intenso que largo, desmayado, producido en una cornetilla por el ferroviario del banderín rojizo y turbio. Otro ferroviario enmascarado, a su vez, con polvo de carbón, aparecía entre los dos últimos vagones, y el tren avanzaba sin el último vagón y retrocedía al punto de darle un topetazo y haciéndole salir de su inercia, como nos lo había enseñado en el colegio don Ramiro Suárez, que ponía, justamente este ejemplo, en la clase de Física, echarle a rodar por la vía solo, hacia no sabíamos dónde; el vagón pesadote se iba como de mala gana, sin jugar con sus cadenas, parecía castigado. El tren seguía así avanzando y retrocediendo, cambiando insensiblemente de dirección y desprendiéndose de vagones que echaba a rodar solitarios por diferentes caminos de hierro. En estos ejercicios de física, para nosotros recreativa, había uno que nos emocionaba; levantaba ya nuestra emoción ver que en sus idas y venidas, la locomotora dejaba un vagón quieto, sin echarlo a rodar: en efecto, luego de desprenderse de otros vagones y darles el topetazo de despedida, volvía al que había dejado quieto, delante del cual y entre los topes, aguardaba impávido el ferroviario sin banderín, pero con su antifaz negro, el topetazo era inevitable, aunque amortiguado, los vagones que chocaban se separaban y volvían a unirse varias veces, si a la primera no acertaba a unirlos el ferroviario, respirábamos cuando le veíamos salir ileso. Un día que en los periódicos se dio importancia a la noticia de que un ferroviario había muerto aplastado entre

un ferrocarril de juguete

dos vagones y se habló en casa de ello, Rafael y yo, los dos, soñamos por la noche que presenciábamos el suceso en el paso a nivel y vimos todos los detalles, de los cuales, el periódico nada decía; nos pareció natural que los detalles que vimos uno y otro fueran los mismos (probablemente nos pusimos de acuerdo al contárnoslo). En sus idas y venidas, la vieja locomotora perezosa, flaca, sacando el cuello muy alto, nos sugestionaba con el movimiento de las bielas en sus ruedas esqueléticas; únicamente silbaba cuando hacía marcha atrás y la verdad es que no silbaba, carraspeaba ásperamente, igual que Rafael cuando amanecía con la ronquera que el doctor Carreras perseguía y desbarataba implacablemente con sales francesas, porque la consideraba síntoma anunciador de las falsas membranas de la difteria. Las puertas grandes del paso a nivel se abrían en cuanto el convoy se detenía, dejándolo libre, aunque sólo fuera un momento y daban paso a los carros de mulas que iban de retirada, impacientes y vacíos. Los peatones pasaban aunque la locomotora estuviese en movimiento, sorteaban sus maniobras sin darle mayor importancia, abrían, descuidadamente, con el cuerpo, la portezuela de la valla que cedía dócil y se cerraba dando un golpetazo de protesta, cuyas vibraciones percibíamos por los codos y nos enardecían. Los chicos de entonces, como no teníamos ferrocarriles eléctricos, jugábamos al tren con ferrocarriles de verdad. La estación del Norte, de Madrid, era una estación de pueblo; sin embargo, la estación de Leipzig no me causó, después, más impresión. La primera luz que se encendía lejana bajo el techo de cristales de la estación ardía en nosotros, multiplicándose con las luces, que encendiéndose, se aproximaban en grupos, para alejarse y diseminarse en el tiempo dilatado por el espacio durante un corto espacio de tiempo. En ese amplio y breve crepúsculo madrileño de las afueras, todo, de pronto, se intensificaba y hacía dinámico. La vieja máquina perezosa había retrocedido empujando a reculones por una vía apartada su desvencijado séquito. Sonaba el hierro de las vías, sonaba el cuerno, pero no como antes desmayado, sino en tonos duros que llegaban precisos del campo para meterse en la estación, les seguía rasgando el aire el silbido veloz de una locomotora, ésta aparecía, la estábamos esperando con la mirada en la curva donde despedíamos a las vías, nos deslumbraba con sus luces, ya encendidas y apenas la veíamos pasar por delante de nosotros, aunque iba deteniéndose, y no era extraño que se detuviese haciendo chocar unos vagones con otros y quedando parados en el paso a nivel los últimos de mercancías y cerrados o de viajeros en las ventanillas, el vagón que no podía faltar, el más alucinante, era el que te-

nía una garita en el techo, donde sólo cabía un hombre que estaba sentado, cogido a un hierro, y no se movía. El tren se ponía de nuevo en marcha lentamente, estirándose, y le veíamos, de espaldas, entrar bajo el techo de cristales iluminados. «Ya llegó el mixto», decíamos con satisfacción. La portezuela del paso a nivel daba todavía algún portazo, pero las puertas grandes permanecían cerradas a pesar de que se formaba una fila de dos o tres carros, cuyos carreteros aprovechaban la espera para encenderles, generalmente con mucho trabajo y apurando las cerillas, el farol que se quedaba inmóvil y pitañoso. Otros faroles amarillos, rojos, verdes, pero velados de carbonilla, pasaban delante de nosotros. Era el momento de sacar el cuerpo sobre la valla y estirar el cuello, tanto como la vieja locomotora, para divisar, bajo los cristales de la estación, un convoy de puntos resplandecientes y no perder ningún ruido: la respiración formidable de una locomotora de buenos pulmones, la trompetilla de cuerno, el silbato del jefe de la estación y hasta las campanadas, en fin, el pito ronco y decisivo sobre las nubes de humo que a un lado y otro de la vía venía lanzando muy distinta de la vieja ruidosamente la nueva locomotora que se nos echaba encima, gorda, alta, de cuello corto y fuerte, de ruedas sólidas, de ténder repleto, la cual, acelerando ya la velocidad al pasar por delante de nosotros nos ahogaba, pero sabíamos resistir, reaccionar, no nos impedía ver el paso del sólido convoy y en volandas levantados del suelo sobre los estribos duplicados bajo las portezuelas, los herméticos vagones de primera clase con el confort repleto del interior encerrado, que pasaba adivinado ante nuestros ojos en las luces, entre sombras de sus ventanillas, no todas vulgarmente cuadradas, como las del mixto, sino cuadrada sólo la de en medio, la de la portezuela, y curvadas, elegantemente, en el extremo inferior, que nos recordaban, aunque no eran lo mismo, a las tarjetas de visita con una punta doblada, las ventanillas laterales. El ruido de hierro y madera de los vagones iba apagando las huellas de los ruidos de la locomotora, que arrastraba a todos en su huida. «Sí –nos decíamos Rafael y yo sin palabras, con el sentimiento–, uno de estos días iremos nosotros dentro de uno de esos vagones violentos, a escape, en una habitación portátil y lujosa, henchida, forrada, de color café con leche, como el Suizo, en la que comeremos sin mesa y dormiremos sin cama, bajo una luz que se puede velar con una cortinilla azul para ver pasar el campo durante la noche.» Era el expreso de las siete y media. Teníamos que correr para estar en el comedor de casa a la hora de la cena, después de habernos lavado la carbonilla de las manos y la cara.

Debía de hacer más de un año que, por la mala situación económica general, de la que se hablaba, como sucede ante ciertas enfermedades, con más espanto que de la enfermedad, de la cura, «los presupuestos de Villaverde», se decía, dando a la receta el nombre del ministro que impuso las economías, luego de la guerra, y la especial de la casa de Belalcázar, no salíamos de veraneo. Nuestra madre y nuestras hermanas pasaban las tardes en el sofá y las butacas de la sala grande, a oscuras, desfallecidas. En la sala se habían quitado las cortinas, las alfombras, los adornos; se había quedado menos apretada, vestida de verano con sus fundas blandas; sin embargo, Rafael y yo, teníamos que buscar el fresco de las baldosas blancas y azules para dormir la siesta antes de ir a la Casa de Campo o a la Moncloa. Nuestro hermano Pedro tenía preparado un viaje aparte. El único a quien no le importaba no veranear, más aún, a quien le gustaba pasar los veranos en Madrid era a nuestro padre, que salía a la calle durante las horas de mayor sofoco, en las cuales, como se decía, «Madrid era un horno», y alguna vez volvía diciendo cosas como ésta, que despertaba la indignación sorda de la familia y hubiese hecho faltarle el respeto si ello hubiera sido concebible: «He atravesado la plaza de la Cibeles y corría un vientecillo fresco.» La plaza de la Cibeles estaba considerada como la más tórrida de Madrid. Después de vivir en el extranjero, y en países más fríos que España, los veranos de Madrid no me han parecido ni he visto que a los madrileños les parezcan tan terribles. Las sensaciones vitales que produce una ciudad no dependen sólo del clima, dependen asimismo de cómo se reciben. Ignoro si ha cambiado la temperatura, pero sé que ha variado la sociedad madrileña. El veraneo era una necesidad, no ya natural, sino social del Madrid acomodado de principios de siglo. Veranear daba rango a una familia burguesa, como tener coche. «Estaba mal visto» no veranear. Y había que veranear en las playas del norte, en el Cantábrico: de las playas españolas, la más visitada era la del Sardinero, en Santander; la reina prefería la Concha, de San Sebastián, pero hacía una vida retirada, no tenía corte; las más elegantes no podían ser otras, claro está, que las francesas, San Juan de Luz, aunque el nombre parecía español. A las playas del Mediterráneo iba alguna vez la clase media pobre y popular, como a una verbena, en un tren carreta especial, de tarifa rebajada, en el que no dejaba de llevar su botijo, antes que las maletas, cada familia o grupo, y por eso se les llamaba tren botijo. No el verano, el veraneo era lo que ponía enferma a la buena burguesía española y en reacción contra esta morbosidad se produjo (en la aristocracia castiza) la defensa del veraneo en Madrid. El marqués de Alcañices y duque de Sexto, a quien ya he recordado con sus patillas de

la tragedia del verano

majo de Cádiz y que había sido alcalde de la capital, proclamaba que él no salía de Madrid en verano, es verdad que tampoco salía en invierno; los ferrocarriles no habían facilitado todavía los viajes, nuestro padre se resistía a viajar porque había viajado siempre incómodo a caballo, en coche propio o en diligencia y sostenía que el ferrocarril era más incómodo, le mareaba; el verano madrileño celaba sus delicias con las verbenas, se bailaba por las noches bajo guirnaldas de papel y al son del organillo en todos los solares de Madrid, el pueblo se manifestaba más social que la burguesía, las mujeres más asequibles, el calor se hacía blandamente cómplice con su relajo. El político escéptico y conservador don Francisco Silvela, a quien se le echaban todas las frases cáusticas, tuvo que ser también el autor de la que se decía a este propósito: «Madrid en verano y sin familia, Baden-Baden.» Baden-Baden era entonces el sitio de reposo y diversión más encopetado de Europa. A pesar de estos elogios interesados todo el que podía, salvo las excepciones señaladas, abandonaba la capital en verano. Por lo mismo que el tren empezó siendo una nueva aventura del viaje, la aventura mayor puesto que la menos conocida, lo primero que debía tener de extraordinario el veraneo era viajar de la manera más moderna, en tren expreso. Ir a veranear en un correo o en un mixto resultaba deslucido. Ir a veranear a un sitio donde no fuera necesario para llegar tomar el tren deshonraba. El tren expreso que con sus vagones elevados y cerrados, de una estación a otra igual, había suprimido las molestias y el encanto de las variaciones de los lugares, tenía sin embargo su romanticismo, como no lo tenía aún la diligencia, la cual estaba entonces en la etapa en que no era más que pintoresca. El tren había adelantado tanto a la diligencia también en esto que había superado ya el romanticismo y estaba realmente en el sentimentalismo del tren expreso de Campoamor, llegaría siguiendo su horario a la nostalgia de la estación de Azorín. A Rafael y a mí lo que nos enardecía del verano era el ir en tren. ¿Iríamos o no iríamos ese año de los paseos a la Moncloa terminados ansiosamente al anochecer en el paso a nivel de San Antonio de la Florida donde nos sentíamos arrebatados por el tren de las siete y media que era el expreso de Santander? Porque en casa se estaban sopesando las dificultades (financieras) y las facilidades (familiares) de salir de veraneo precisamente en ese tren. La hija de la marquesa Carmen, la prima María, casada con aquel grande de España de quien siempre recuerdo que llevaba pantorrillas postizas a los aburridos bailes de Palacio para divertirse poniéndoselas al revés, tenía una antigua casa de campo, con su viejo parque, en la provincia de Santander, cerca

de Santillana del Mar, se disponía a pasar ahí el verano, había invitado a los amigos que concurrían a su casa en Madrid y contaba con nuestras hermanas mayores con quien iba a los toros, a los teatros, estaban muy unidas. Las estaba esperando. No podía ni pensarse que fueran solas; se estuvo pensando que las acompañara nuestro hermano Pedro y que luego él continuara su viaje proyectado, el de las ferias, la de Santander, la de Bilbao, la de San Sebastián, que tras las corridas de la temporada no podía menos de hacer todo buen aficionado a los toros, para lo cual sacaba el dinero de donde fuese, se privaba de lo que podía durante el año, se empeñaba si no había más remedio; pero no coincidían las fechas de los viajes de nuestros hermanos. Además nuestra madre no quería estar mucho tiempo lejos de sus hijas y también había que tener en cuenta la injusticia de que veranearan los hijos mayores y no los pequeños. En fin una tarde llegamos triunfantes al paso a nivel de San Antonio de la Florida, íbamos a ver pasar nuestro tren, estaba decidido que saliéramos todos a veranear, nuestras hermanas mayores irían a Santillana, a casa de la prima María, y nosotros iríamos al pueblo más próximo con playa, porque Santillana, a pesar de ser del Mar, no la tenía; ese pueblo era Comillas y a mí no me sonaba bien entre Santillana del Mar y San Vicente de la Barquera, que eran los dos entre los que nos decían que estaba para que los buscásemos en nuestro atlas. Habían terminado por alquilar no una casa, el piso de una casa en Comillas. El viaje lo organizaban Manolón, el administrador, y Amancio. Manolón se ocupaba de los billetes y Amancio de los equipajes. Nuestro hermano Pedro no viajaría con nosotros, se quedaba en Madrid haciendo no sé qué trabajo que le pagaba su viaje a las corridas de feria; necesitábamos, sin embargo, ocho billetes de primera, es verdad que tres de niño, pero con ocho billetes, aunque hubiera de niño que pagaban menos; Manolón podía manejar la influencia de nuestro padre y sobre todo aprovechar las amistades que cultivaba y la habilidad con que se movía entre los taquilleros y distribuidores de asientos, lo mismo si eran de transportes que si eran de espectáculos, para conseguir que en vez de que nos reservaran un compartimento al que teníamos derecho, pues ocupábamos sus ochos asientos, nos reservaran dos, lo cual nos beneficiaba muy especialmente a los chicos y no, como pensaban, a los grandes porque yendo cuatro personas en cada compartimento pudiéramos tumbarnos y dormir como en una cama, sino porque teníamos seguro un asiento de esquina para ir viendo a gusto por la ventanilla. Como no venía con nosotros nuestro hermano Pedro, las personas de la familia sumábamos siete, el octavo billete tenía que ser, evi-

preparativos de viaje

dentemente, para Julia que se ocupaba de nuestra hermana menor y además era tan señorita que se la podía llevar a todas partes. Los otros criados viajaban en tercera y, como no había tercera clase en el expreso, iban en el correo o en otro tren ómnibus. Manolón vencía estas dificultades mientras se preparaban y hacían los equipajes, operaciones que duraban varios días y en las que él no tenía que intervenir si no era para que no hubiese exceso de peso. La tarea de los equipajes requería primeramente que Amancio se dirigiera, como en Navidad, para hacer el Nacimiento, al cuarto oscuro de los baúles, los había de diferentes tamaños, formas y materias: rectangulares, abombados, de madera, de cuero, de mimbre y hule. En seguida Amancio los examinaba con detenimiento, siempre había que arreglar algo en alguno y a veces con intervención del baulero, que, como el encuadernador, el colchonero y en general los menestrales que trabajaban para casa, era un madrileño de los barrios bajos, un personaje del género chico, recomendado por el bueno de José Barrios, el hijo de una ama de llaves que tuvo nuestro padre de soltero y a quien nuestro padre había colocado en el Monte de Piedad, del que era jefe de la sucursal en la Cabecera del Rastro. Esos menestrales ponían generalmente su punto de honra en componer lo viejo, en ello mostraban sus dotes singulares: el hacer de nuevo les parecía trabajo rutinario, vulgar. No he olvidado aún lo que hizo reír en mi casa una respuesta del baulero a nuestra madre: «No –había dicho nuestra madre–, este baúl no resiste un viaje por muchas componendas que usted le haga», y el baulero había contestado: «Señora, descuide usted, este baúl es como mi suegra que parece que no puede más y pasa siempre, no le ha llegado todavía su último viaje.» Una vez escogidos y preparados convenientemente los baúles, se extendía en las camas, en las mesas, lo que se había de llevar, se llevaba todo, nuestro padre para ir a pasar unas semanas a la playa de Comillas, un pueblo, llevaba hasta frac. Aún veo a Amancio doblando las camisas almidonadas como había aprendido a doblarlas en sus viajes a París y Niza con el conde Stéfani; enchufaba los puños duros uno en otro, metía así los dos en el cuello, duro también y enrollaba todo en la pechera a su vez dura, formaba un canuto que envolvía en el lienzo blanco de la camisa; se podía, recién llegado de un viaje, abrir el baúl, sacar la camisa, desenrollarla y ponérsela, estaba impecable con el chaleco más escotado de frac, es lo que hacía el conde Stéfani cuando llegaba a Niza y se iba enseguida sin acordarse de cenar, a su diálogo a muerte con la fortuna en el Casino. Amancio había aprendido además a doblar los fracs y los gabanes sin hacer arrugas; ante estas labores delicadas, realizadas pacientemente, Mano-

lón se impacientaba, le parecía que las ropas de ese modo no iban bastante prietas, ocupaban más sitio, necesitaban más baúles y entonces resultaba más fácil de disimular lo que le iba a anunciar al oído el empleado de la estación que los pesara: «Tiene usted exceso de equipaje y son muchos los bultos»; con menos baúles resultaba más fácil rebajar algunos kilos en el talón de equipajes, si eran demasiados no había propina que impidiese el tener que abrir allí mismo los baúles y trasladar todo lo posible de ellos a las grandes maletas y los baúles solían ir tan repletos que al fin, cuando parecía que el equipaje estaba hecho, quedaba otra operación por hacer: cerrarlos. En esta última parte de la tarea, Manolón era el hombre de peso. Si el forcejeo de Amancio no lograba cerrar la boca a un baúl, Manolón se dejaba caer de posaderas sobre la tapa y era raro, pero podía ocurrir, que fuese necesario añadir más peso o más fuerzas y para ello que las empleáramos o nos sentáramos en el baúl todos los que cabíamos, señoritas, niños, que no esperábamos más que la ocasión de hacerlo, y desde luego las criadas, especialmente la Cipriana, que lo mismo servía por su pesada robustez que por la energía de sus puños. Toda la familia, cogidos unos a otros para sostenernos en la tapa inclinada del baúl, obligaba a ésta, que, como había anunciado el baulero, no se rompía, a ir cediendo, bajando, hasta que el pestillo de la cerradura y la dura mano de Amancio hacía dar a la llave la media vuelta, pero no estaba terminado todo. Quedaba pendiente la duda de si la tapa se abriría o no; en este punto no es la palabra del baulero la que hubiera habido que tener, sino la del cerrajero, ya no había tiempo de buscar uno, iba a venir de un momento a otro el ómnibus que debía conducirnos a nosotros y al equipaje a la estación; lo más seguro, además de lo más rápido, era atar el baúl con una buena soga, en casa las había, Amancio las había mojado, las tenía preparadas porque sabía que harían falta, dijera lo que dijese el baulero no cejaba en su idea de que tal o cual baúl no podía ir sin estar atado, se regocijaba de tener que atarlo, su creencia en la necesidad de atar el equipaje era más profunda que sus conocimientos de gran ayuda de cámara europeo, la tenía de su origen campesino de gallego. Había que ver con qué habilidad y cuánta presteza Amancio ataba el baúl más pesado, pasaba la soga y la apretaba por debajo, por arriba, por los lados, dos veces a lo largo, tres a lo ancho, cómo doblaba la soga en ángulos rectos. Daba el último nudo cuando el ómnibus había llegado mientras el mozo bajaba los bultos ya prestos. A nuestra madre y nuestras hermanas mayores no les gustaba bajar en ómnibus a la estación (las estaciones se hallaban en las partes bajas de Ma-

ida a la estación

drid, la mercancía subía la cuesta de San Vicente, la calle de Atocha, penosamente arrastrada por pares de mulas o de bueyes), pensaban un momento en mandar a buscar un simón, coche de punto o pesetero, mas siempre alguien sospechaba la dificultad y presentaba el remedio: «Vamos a tener que estar luego en la estación buscándonos, vamos todos juntos.» Descendíamos todos las escaleras, cada cual con una maleta, un maletín, un saco u otro bulto, además de los grandes y pequeños que habían sido ya bajados por las escaleras y subidos al techo del ómnibus y convenientemente colocados y equilibrados para que no se cayeran, el que llevaba cada cual le hacía a éste responsable de él durante el viaje, las maletas que llevábamos en el techo del ómnibus y no se facturaban eran el equipaje de mano del que se encargaban los mozos de las estaciones, esta organización debida al genio administrativo de Manolón, Manuel Gómez Valverde, hay que llamarle ahora por su verdadero nombre, se completaba con dos cifras de seguridad que permitían comprobar a cada momento, especialmente en los momentos de traslación, del ómnibus al tren al carruaje que fuese, si faltaba algún paquete: la del número de bultos facturados y la de no facturados. Nunca faltaba quien más o menos oportunamente y a veces sin oportunidad ninguna hiciera funcionar este aparato de seguridad: «A ver, vamos a contar los bultos, uno, dos, tres...» Sucedía que cuando menos podía ser faltaba un bulto, se pensaba que lo que iba en él era lo más importante, se producía una revolución, todos nos poníamos a buscarlo. Por fin aparecía debajo de una almohadilla o del asiento. En los momentos de agitación, de traslado, había que hacer la cuenta de los bultos varias veces, nunca salían a la primera. En el portal de nuestra casa y en la acera al pie del ómnibus hallábamos reunidos para despedirnos a nuestro portero y los porteros de la vecindad, al afinador de pianos y vendedor de acordeones, la bordadora, el carbonero y sus familias. Nuestro padre sabía decir a cada uno una palabra cordial, nuestra madre besaba a las mujeres y a los niños les daba algo. Rafael y yo nos dejábamos de ceremonias y nos metíamos en el ómnibus precipitadamente los primeros para coger los dos sitios del fondo tras el pescante, que eran ya como un anticipo de las dos esquinas del compartimento del tren. Terminaban las despedidas, entraban todos, levantaban el estribo, cerraban la puerta y empezaba el viaje, no íbamos como siempre por las calles de Madrid, sobre los adoquines de la de Trujillos, la plaza de Santa Catalina (dirigíamos al pasar una mirada a la puerta cerrada de nuestro colegio), la de Isabel II, la de la Encarnación y más aún, de la calle de Bailén, la plaza de San Gil

y la cuesta de San Vicente, todo el trayecto, como casi todo Madrid, era de cuestas y plazas, íbamos bamboleados, juntando y separando nuestras cabezas, muy serios, sin hablar, bajo el montón bien asegurado de maletas y baúles del techo sobre los que habíamos estado también reunidos y sentados muy serios haciendo peso para lograr cerrarlos. Cuando llegábamos a la estación del Norte, Manolón, que iba en el pescante del ómnibus, saltaba al suelo el primero de todos a pesar de su gordura, requisaba enseguida los mozos necesarios, apartaba los bultos que iba a facturar y dos maletas de mano por si había mucho exceso de equipaje, nosotros teníamos que esperar agrupados y ansiosos («Que no se pierdan los niños») en medio del barullo a que Manolón pudiera entregar a nuestro padre, envueltos en el talón de la factura, los billetes del ferrocarril que le habían hecho falta para esta operación. La provinciana estación del Norte se alborotaba porque eran los días de salida al veraneo, los únicos en que los trenes iban llenos, y a pesar de que todas las familias, como la nuestra, tenían reservados con holgura sus compartimentos, todas se agolpaban y apresuraban olvidando que si llegaban al mismo tiempo era porque habían tenido la misma idea de llegar con mucha anticipación para evitar «los sofocos de última hora con los niños». Los sofocos no eran de última hora pero nos angustiaban lo mismo que si lo fuesen; después de aguantar exasperados, de pie, sin desprendernos ninguno de nuestro maletín o paquete el tiempo que requería la operación de facturar el equipaje aunque la dirigiera un técnico como Manolón en no hacer colas ante las taquillas, pero ante las de la estación del ferrocarril se juntaban esos días muchos manolones, nos precipitábamos entre codazos y apreturas, abrazado cada cual a su paquete o maletín, hacia la media puerta abierta que daba al andén por donde se pasaba uno a uno o, a lo más, a uno y medio, y había que presentar el billete y como todos los billetes de una familia los llevaba el cabeza de la misma y éste en los revuelos del mal paso de la gente se quedaba detrás de sus familiares para que no se le perdiera o fuera vejado ninguno, resultaba que los dos sólidos empleados que se hallaban uno a cada lado de la media puerta no dejaban pasar y para que pasaran otros se veían obligados a rechazar, porque carecían de billete, a los niños y mujeres que de cada familia eran los que llegaban primero y producían así remolinos que entorpecían más el paso de la gente como se vierte peor el líquido de una botella cuando, en vez de inclinar éste con suavidad se la vuelca bruscamente y se agolpa su contenido, como nos decía luego, siempre razonador, el lunático Paco Alcaraz que iba a la estación a despedir-

factura del equipaje

el paso al andén

nos y entraba tranquilamente con su billete de andén, llegaba sin anticipación, cuando ya había pasado el barullo y había pasado aún la hora debida para tener tiempo de despedir a sus amigos, lo que nunca dejaba de señalar; si durante el barullo los miembros de cada familia solían llegar a la media puerta de entrada en el andén antes que el cabeza, al llegar éste, presentar los billetes y pasar, ocurría que faltaba algún miembro y el cabeza tenía que quedarse del otro lado de la puerta, con los miembros que había podido reunir y los billetes en la mano hasta que el miembro perdido aparecía arrastrado en la corriente humana; reunida toda la familia no habían terminado las dificultades, los mozos que llevaban las maletas de mano grandes y pesadas pasaban por la puerta de los equipajes y había que buscarlos, nunca se sabía si habían ido directamente a nuestro vagón o si nos estaban buscando a su vez, aclarado este punto era llegado el momento deseado de dirigirse al tren: el expreso de Santander, por su importancia, debía de estar formado en el primer andén, pero algunos días, como el día en que nosotros viajamos, por las razones impenetrables que tiene toda gran compañía de transportes y no existía entonces en España otra mayor que la de los ferrocarriles del Norte si no era la de Madrid, Zaragoza y Alicante que tenían además todos los ferrocarrilles del Sur, o la Compañía Transatlántica, el expreso de Santander estaba en el andén segundo, no creo que hubiera más andenes, bastaban dos para que llegar al segundo constituyese una carrera de dificultades que debían seguir las familias con sus niños y sus bultos, había que saltar del primer andén a la vía, atravesar ésta inseguramente con mucho cuidado de asentar bien el pie en el balasto y no tropezar en las traviesas ni los carriles y hacer luego lo más difícil, subir el alto escalón del segundo andén, el del primero no era menos alto pero como se trataba de bajarlo podían saltar desde él las mujeres, con mucho cuidado, y los niños, sólo era necesario bajar en brazos a los ancianos, más para subir la misma altura vertical los padres, los hermanos mayores y los mozos de la estación levantaban en vilo a los ancianos, los niños y las mujeres; ante el expreso de Santander se planteaba otro problema, las familias se disputaban al jefe del tren, pues sólo él sabía en qué vagón estaban los compartimentos reservados y tenía la llave de ellos, el letrero de «reservado» no bastaba, no se hacía respetar, era arrancado por el viajero que llegaba antes, el jefe del tren perdía la cabeza y se equivocaba: «Ustedes no tienen reservado más que uno» provocando depresiones en cadena y cóleras de reacción, nosotros teníamos a Manolón que estaba más enterado

los vagones reservados

que el jefe del tren y deshacía el equívoco; abiertos al fin los compartimentos, quedaba por realizar la última y no menos difícil tarea, instalar en ellos todas las maletas y bultos de mano, para lo cual era necesario tener los codos libres, los compartimentos vacíos. Esta operación la dirigía nuestro padre en persona, cesaba de actuar Manolón. Nuestro padre poseía dos habilidades domésticas: hacer buen café, ya lo dije, y colocar en un espacio determinado las cosas como es debido; las llamo domésticas porque se las veíamos hacer en casa, eran en realidad de excursionista, sobre todo la última, de haber viajado a caballo con alforjas. Se quería, se necesitaba que todas las maletas y bultos de mano entrasen, parecía imposible, en las redecillas, en total cuatro, de los compartimentos y fuesen, aunque también parecía imposible, seguros, pues de lo contrario con el movimiento brusco corríamos el peligro de que se nos cayesen encima. Nuestro padre conseguía no dejar en las redecillas ningún espacio libre y las maletas y bultos apretados se sostenían unos a otros; sin embargo, subsistía la duda expresada repetidamente a lo largo del viaje por alguno: «¿No se caerá esa maleta?» Terminada la colocación de todo el equipaje y admitida como segura se procedía a la comprobación de la otra seguridad mencionada antes, la de que no faltaba ningún bulto, había que contarlos y no era tan fácil porque los más pequeños solían estar de relleno en los huecos debajo o detrás de los grandes y no se les veía, despertaba graves dudas la presencia o no de alguno: «Me parece que lo pusiste ahí. –No, ahí puso otro. –¿Estás seguro?» No era cosa de deshacer la difícil colocación para verlo; al final había que fiarse de las conjeturas. Y Rafael y yo hartos, excedidos de ansia, el deseo convertido en náusea, mareados y felices subíamos los primeros al compartimento que se nos designaba. Los vagones no eran todavía de pasillo, no había comunicación de un compartimento a otro, se subía a cada uno directamente desde el andén; el vagón tenía todo a lo largo un estribo y encima de él, debajo de la portezuela de cada compartimento, otro corto; se subía haciendo gimnasia con brazos y piernas, más difícil y divertida para nuestras piernas y brazos pequeños; tomábamos enseguida posesión de las dos esquinas del otro lado del andén, las dos esquinas no ofrecían las mismas ventajas, puesto que en una se verían venir las cosas y en la otra se verían huir, pero estas diferencias que las personas mayores toman muy en cuenta en los vehículos, contaban poco para Rafael y para mí porque existía entre nosotros el acuerdo tácito inquebrantable de repartir en partes exactamente iguales lo bueno y lo malo de todas las empresas, no hay que añadir que acometíamos juntos, pues no

colocación del equipaje

dentro del vagón

acometíamos ninguna separados, y además porque nuestra posición natural durante el viaje no pensábamos que fuese la de ir sentados al lado de la ventanilla sino de rodillas en el asiento y de frente, pegados al cristal de ella, curvado en el extremo inferior, que nos recordaba, aunque no era igual, a una elegante tarjeta de visita con una punta doblada. Sin embargo, el ir sentados tenía su encanto, el de poder llevar tan contentos como el primer día que la llevamos así al colegio la mano en cabestrillo, sostenida ahora por la banda que pendía al lado del cristal, lujosa, acolchada, como el asiento y el respaldo y como ellos color café y leche, ornada con cenefas en que se repetían unas letras de color café puro: y asimismo había algo que nos atraía en los asientos de en medio, el ancho brazo bien forrado que se podía subir, aunque nos costaba mucho trabajo hacerlo. Después de haber reconocido con la vista y las manos el compartimento delicioso en donde nos iban a llevar lejos por valles y montes, aprovechábamos que nuestros padres estaban muy rodeados de las amistades que habían bajado a despedirlos y saltábamos al andén para ir corriendo a ver la locomotora, nos intimidaba y por lo mismo lo hacíamos como provocándonos, acercarnos mucho, era tan enorme y negra vista de cerca, las bielas en reposo eran más imponentes que en movimiento, la primera vez que vi un hueso gigantesco de un animal prehistórico me acordé de la impresión que nos causaban a Rafael y a mí las bielas de una locomotora; el ténder repleto de carbón nos parecía bonito pero, igual que al furgón de cabeza, lo mirábamos para decirnos que lo habíamos visto, el furgón de cola nos detenía porque luego de correr a lo largo del tren, entre los grupos de gente mezclada y agitada, como deseando separarse, lo encontrábamos todavía abierto esperando los últimos equipajes facturados y llevados hasta él cachazudamente en montones sobre carretillas. Nos daba alegría pensar: «Los nuestros están ya dentro.» De pronto oíamos gritar nuestros nombres, Amancio nos venía a buscar y nos llevaba cogidos por los brazos: «Vais a perder el tren, demunius», para subirnos a la fuerza a nuestro compartimento, nos poníamos muy contentos porque creíamos que había llegado la hora de salida que para nosotros estaba fuera del tiempo corriente, sabíamos que en el compartimento de al lado se hallaban ya instaladas Julia y nuestra hermana menor, pero nuestros padres y nuestras hermanas mayores continuaban en el andén charlando muy animados con los amigos, nos impacientábamos sentados en nuestras esquinas más que nos habíamos impacientado esperando de pie y cargados con nuestro paquete a que Manolón terminara de facturar el equipaje, no sólo nos pare-

despedidas

cía que tardaban mucho en subir sino que subían muy despacio nuestra hermana Eulalia y sobre todo nuestro padre que antes ayudó a subir en el compartimento de al lado a nuestra madre y a nuestra hermana Carmen y todavía se quedó al pie del estribo dando abrazos de despedida a los amigos y dirigiéndose especialmente a uno u otro para fijar algún punto importante o atar algún cabo perdido de la conversación: «Conste...», «No olvide usted...», «Descuide usted...», hasta que pasó a lo largo del andén la voz de la invitación al viaje: «¡Señores viajeros, al tren!» Nuestro padre subió, cerró la portezuela que tenía el cristal bajado y se quedó de pie con nuestra hermana Eulalia que sacaba la cabeza por la ventanilla para decir todavía adiós a alguien, sonó la campana, se hizo un silencio que se alargaba y no se sabía qué hacer con él, se oía respirar a la locomotora, nuestro padre estrechó aún dos o tres manos alargando el brazo por la ventanilla abierta, una voz demasiado indiferente para hacer profecías anunció: «Van ustedes a hacer un buen viaje», otro, como si no esperara más que esa frase, se precipitó: «El camino se hace largo, pero...» El silencio se comió el final de la frase y todavía se estiró, se hizo tan tenso que unos pasos presurosos lo rompieron, varias voces entre carcajadas lanzaron exclamaciones: «Eso es coger el tren a tiempo.» «Por un segundo...», un portazo y un pitido se imprimieron en el aire tenso y Rafael y yo vimos que el vagón que había al lado del nuestro, echaba a rodar hacia el fondo de la estación, pegamos la frente a los cristales, el vagón vecino desapareció y en la sombra de la noche salpicada de alguna lucecita, adivinamos el merendero del paso a nivel de San Antonio de la Florida.

El tren era realmente para Rafael y para mí un sueño. Después de las exaltaciones y mareos de la partida, como siempre lo tomábamos de noche nos dormíamos en cuanto arrancaba. A la mañana siguiente, cuando nos despertábamos para desayunar porque íbamos a llegar a la estación con parada y fonda, nos decíamos el uno al otro que nos habíamos despertado de madrugada y habíamos visto el amanecer. Nos lo decíamos de buena fe, lo creíamos, los llamados con mucha relatividad primitivos o salvajes no dejan de creer en sus sueños aunque, si han soñado que estaban en otro lugar, se les demuestre que no se han movido de su cabaña, pero nosotros no es seguro que hubiéramos soñado lo que nos decíamos, probablemente lo nuestro era el sueño de un sueño nada más o nada menos. Sólo nos despertaba de noche la aparición intempestiva y dificultosa, arremolinada en una corriente de humo, por la portezuela entreabierta, de una figura que subía, crecía y se metía confusa a la luz velada de la lamparilla

un héroe desconocido

del techo, en el compartimento, del que cerraba rudamente la puerta: un hombre de traje arrugado, cara y manos dudosas que saludaba a nuestro padre llevándose el puño derecho en el que apretaba algo a la visera de una gorra, encasquetada hasta los ojos y le pedía los billetes. Aquel héroe desconocido, el revisor de los expresos que, a toda velocidad del tren, recorría los vagones por el estrecho estribo y saltaba del estribo de un vagón al de otro, acumulaba las dificultades gratuitamente; por más que pienso ahora en ello no veo que tuviera necesidad de hacer sus volatines de noche, seguía el viaje con nosotros parte del día, la necesidad de aumentar el riesgo venía de su trabajo pero no de la obligación de cumplirlo, había otra necesidad, debía de ser la de suscitar interés en la labor que se realiza, el riesgo extraordinario la hacía, sin duda, más soportable, era de distinta naturaleza que el trabajo, una diversión, en el sentido propio de la palabra. Los trenes no tenían entonces, ni los expresos, vagón restaurante, no podían tenerlo puesto que no se podía pasar de un vagón a otro, y en cada vagón de compartimento en compartimento, sin hacer los volatines del revisor, y tampoco se iban a hacer paradas del tren para llenar y vaciar de viajeros el restaurante. Las fondas de las estaciones con su mostrador de café madrileño, sus sillas provincianas, sus mesas con las servilletas en cucurucho dentro de las copas, sus huevos fritos, sus mozos lentos y los viajeros apresurados eran lugares románticos y excitantes, se gustaba en ellas, buenos o malos, el manjar y el licor, y el hombre de espíritu viajero encontraba allí a la mujer del mismo espíritu que unía con el de él su destino en una mirada y de quien se hallaba sin salvación posible separado nada más, a veces, que por el tabique del compartimento de un vagón; llegados al mismo destino, al término del viaje, las miradas fatales se volverían a encontrar, pero esta vez para separarse, cada uno seguiría su camino pensando que no se volverían a ver. Los chicos encontrábamos en las fondas de las estaciones otras delicias, la de llamar al camarero y comportarnos como las personas mayores, la de tomar, bien que fuesen peores, pan y postres que no tomábamos en casa generalmente, la de comer de prisa y tener miedo de que se marchara el tren... pero disfrutábamos poco de ellas porque además del compartimento reservado, otro privilegio de viaje que las familias madrileñas procuraban obtener consistía en que las fondas de las estaciones les sirviesen en el compartimento, lo cual no resultaba tan difícil de conseguir si se trataba de los desayunos aunque tardaban mucho en servirlos y la familia llegaba a temer una cosa nunca vista, quedarse en ayunas: «No se preocupe usted, don Félix –aseguraba el

parada y fonda

jefe del tren, a quien sin duda Manolón había dicho quién era nuestro padre–, no daré la señal de que el tren está listo hasta que terminen ustedes de desayunar»; el almuerzo no se prestaba a tanta solicitud y la Cipriana nos preparaba y disponía en dos cestas, una para cada compartimento, comida suficiente para el almuerzo y la cena, si era necesario, lo que por añadidura nos daba el gusto de comer con el tren en marcha; nos dejaban de todos modos bajar en la estación de parada y fonda para que nos pudiéramos desentumecer con el pretexto de comprar pan del día y algún postre y la ilusión de traer agua fresca que casi siempre nuestro padre, habiéndose hecho en sus viajes por los pueblos, en la época de la tracción animal y la bestia de carga, buen catador, desechaba, y bebía y nos hacía beber la que llevábamos nosotros embotellada, como si fuese agua mineral, pero era del caño. Después del desayuno, Rafael y yo en cuanto volvía a arrancar el tren nos pegábamos y volvíamos a pegarnos después de cada comida al cristal de nuestras ventanillas y estábamos horas y horas así, quietos, fascinados por el desfile de los secos palos que se mantenían tiesos y la carrera, juntándose y separándose, de los finos hilos del telégrafo, sin ver nada, mareados y sonámbulos. Si en la estación de partida no perdíamos detalle y todo nos era excitación, en la llegada todo nos era igual, no nos enterábamos de nada, llegábamos generalmente de noche al lugar desconocido y nos perdíamos en nosotros mismos, no nos encontrábamos y empezábamos a ver las cosas hasta el día siguiente cuando nos despertábamos. Desde el cuarto en que nos despertamos en Comillas se veía un campo verde y una casa que hubiera estado oculta por los árboles si no sacara un poco la fachada para mirar con sus ventanas, Rafael, una tarde de lluvia que nos quedamos en casa, la dibujó mirándonos y a mí me pareció muy bien: evidentemente éramos prosopopéyicos, no recuerdo si lo éramos también en Madrid. Comillas fue para nosotros una calle de pueblo, un camino largo que pasaba por un túnel para ir a la playa (en donde Rafael y yo nos fijamos por primera vez en el mar y nos pareció más pequeño que nos lo figurábamos), la tierra verde de los alrededores, que nos pareció muy grande, especialmente una altura de la marina en la que se levantaba la estatua de un señor que miraba al mar y se quedaba impertérrito cuando algún vapor al pasar por enfrente de él, aunque fuera muy lejos y no le viese pero se sabía que pertenecía a la Compañía Transatlántica, pues la estatua era la del fundador de dicha compañía, le saludaba con la sirena que eleva y baja su sonido como un brazo o el haz de un reflector, el palacio de la familia, a quien visitamos, de esta estatua, parecido a una iglesia y el seminario de los jesuitas, al que veíamos de lejos. Luego descubrimos el puerto. Íbamos siempre con Julia que llevaba de la mano a nuestra hermana menor. Julia produjo en Comillas la misma revolución autoritaria que había producido en el trasmundo de los criados y en el mundo de los señoritos de nuestra casa; cuando pasábamos por cualquier parte en que hubiera gente todos los ojos y algunos pasos la seguían, pero infundía respeto. Una tarde estuvo en Comillas, camino de Santander y San Sebastián, donde como he dicho, veraneaba la reina regente, el ministro de Estado, me parece que el duque de Almodóvar del Valle, y vino a casa a ver a nuestro padre; es verdad que el duque era corto de vista, sin embargo se comentó mucho, la historia corrió por el pueblo, que al despedirse dio la mano y se inclinó, saludó como a una señorita a Julia que había acudido a abrirle la puerta. No faltaban las excepciones: una de las veces que pasaron por casa, de excursión a los Picos de Europa, de los montes de Asturias, montes de leyenda en uno de cuyos valles, en el que se encontró una cueva a propósito para hacer de ella el último refugio de los cristianos huyendo de los moros, se sitúa la reacción victoriosa de Pelayo que derrotó allí al moro Alcana, hacia el 718 ó el 722, pero según Menéndez Pidal la reconquista empieza el 1045, y donde se llama hispánica a la cabra montés, la prima María y nuestras hermanas, acompañadas por el marido de María y sus huéspedes veraniegos, varios señoritos entre los que figuraban los hijos de don Cristino Martos, un demócrata granadino de las luchas del siglo XIX, que se habían pasado a la aristocracia y sobre todo uno de ellos competía con el duque de Tamames en ser el prototipo del hombre elegante que se inclinaba sin encorvarse y hacía andar al bastón sin apoyarse en él, Rafael y yo, aprovechando como siempre la subida de los excursionistas a casa, bajamos a la calle para encaramarnos en el mail de la prima María y su marido en que venían, tirado por cuatro caballos mantenidos ahora en quietud por la mano dura del sólido cochero, el lacayo nos ayudaba y nos dábamos el gusto de sentarnos en el pescante, en los asientos sobre la berlina y, lo que más nos gustaba, en la banqueta voladiza de la zaga, no sé si nos acordábamos de la diligencia de Birmingham que tanto nos había sugestionado desde la vitrina de la sala de nuestra casa madrileña de la calle de Trujillos, pero aquel día en Comillas no pudimos emprender nuestro juego, nos detuvieron unas voces que llovían del balcón de nuestra casa: «No os subáis, chicos, que vamos a hacer una cosa», era un señorito el que nos gritaba desde el balcón-galería de nuestra casa de pueblo: en efecto, los señoritos

fascinación

impresión del mar

en el mail-coach

V 2893
v. II

CORPUS BARGA

LOS PASOS CONTADOS
II

Una vida española a caballo en dos siglos (1887-1957)

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

VISOR LIBROS

LETRAS MADRILEÑAS CONTEMPORÁNEAS

–Qué estación dice usted?... No hay tal estación.

–No es ésta la taquilla para el tren de Córdoba?

–Sí.

–Cómo que no hay tal estación? He viajado más de una vez a ella. (Mentiroso.) Es la de un pueblo de la provincia de Córdoba.

–No insista usted, caballero. Retírese. Mire usted la cola que hay.

–Pero, hombre! Si he vivido en ese pueblo.

–Se lo habrán llevado.

–Será un pueblo que ha inventado usted. Eso ocurre.

–Que nos va a hacer usted perder el tren.

–Por qué no avanza la cola? Qué le pasa al que ha llegado a la taquilla?

–Que ha pedido un billete para la Luna.

–Ese está ya en ella.

–Algún día se lo darán.

–Antes tiene que haber aviones grandes por lo menos como un vagón de esos de pasillo corrido.

–Ah, ya se va.

–No hay cuidado. El tren no puede salir antes de que hayan despachado los billetes a todos los que estamos aquí.

–Que se cree usted eso. Le va a estar esperando a usted! El tren tiene hora fija.

–Cuando la tiene.

–En los países civilizados.

Debo de haber mirado no sé cómo cuando me he parado ante el que ha dicho:

–No hay ni ha habido la hora ni nada fijo en ninguna civilización.

Porque se ha dirigido a mí:

–Los empleados no contestan nunca con precisión. El pueblo de usted, aunque sea imaginario, puede que esté en la guía. Búsquelo usted.

Por mi parte no tengo inconveniente en reconocer que probablemente ese hombre me ha convencido. No se me ha ocurrido consultar la guía o la aversión natural a consultar guías ha impedido que se me ocurriera. Pero, es que en realidad necesitaba consultarla? Estoy seguro de que esa estación y el pueblo lejano, a veinte kilómetros de distancia, representado por ella en el sistema universal del movimiento por ferrocarril pertenecen a la provincia de Córdoba. Sin embargo, no puedo menos de pensar si habrá llegado la carta anunciando mi llegada. Si mi carta no ha llegado puede también suceder que no llegue yo, suponiendo que me empeñe en seguir la misma dirección que he puesto en el sobre. ¿Cuál he puesto? No me acuerdo. No estoy acostumbrado a esa dirección. Es la primera vez que escribo a ese pueblo. No me suena Córdoba en el sobre, me suena Badajoz. Poniendo en la dirección el nombre de una provincia y el de un pueblo de otra, qué sucede con la carta? En el caso de que en la provincia del sobre no haya más que una línea... ¡Esta es la palabra clave! Línea. Lo que debiera haber puesto en el sobre es Línea de Badajoz. ¿Cómo no lo he pensado? Fui el primero en decir públicamente que el pueblo aunque pertenezca a la provincia de Córdoba no es andaluz, es un pueblo extremeño y que la línea de Badajoz es la peor de España. Si he puesto en el sobre Línea de Badajoz, yo llegaré como la carta, sin dificultades. Si he puesto Provincia de Córdoba, la carta no se perderá, en el reparto deben enviarla a Córdoba, y en Córdoba habrá otro reparto, tardará uno o dos días más en llegar y yo no sé cuánto tiempo más tardaré porque no habrá ido nadie a esperarme a la estación. Qué hacemos? Es cosa de retrasar el viaje para escribir de nuevo, volver ahora a casa y deshacer la maleta, la mayor sensación de fracaso que se puede tener en la vida. Es preferible encontrarse en la noche solo con la maleta en la estación desolada ante la perspectiva de veinte kilómetros invisibles. ¿Dónde está el mozo que me cogió la maleta? El expreso de Córdoba salía antes que el correo de Badajoz. Badajoz no tiene expreso y seguirá saliendo después. Preguntaré al mozo cuánto hay de espera... Qué voy a hacer aquí una hora y diez minutos? Indudablemente debe haber alguna razón para esos diez minutos. Parece que en las estaciones iniciales las horas de partida debieran no tener picos. Me gustaría conocer la composición de un horario complicado, una línea con muchos cambios de tren. Hacer uno perfecto, sin el lazo de las esperas.

Antes de emprender el viaje he empezado por caer en uno de estos lazos. Mi viaje va a ser una trampa. Voy a dar dinero al mozo para que me saque el billete en cuanto se abra la taquilla de la línea de Badajoz y me reserve un puesto. Aunque no me lo hiciera reservar y llegara en el último minuto encontraría, no un puesto, muchos, podría escoger lo que me permitiese el minuto, el correo de Badajoz tendrá todavía los vagones viejos, sin pasillo corrido a lo largo de los compartimientos, habrá que subir directamente desde el andén y se quedará uno sin poder cambiar de vagón, ni orinar, encerrado hasta la estación siguiente. En este tren continuará habiendo pocos viajeros y en la parada y fonda de Ciudad Real, donde habrá comida para numerosos viajeros, sólo comerán dos o tres. Me gustaría conocer Badajoz, la gente que tiene dinero para viajar va siempre a las ciudades conocidas, qué poco viajera es... Bueno, ya no tengo que ocuparme de la maleta ni del billete. Voy a salir a la plaza de Atocha a darme una vuelta. Ese mozo, si se marchara con la maleta y el dinero del billete no haría un buen negocio, perdería su puesto de mozo oficial en la Estación del Mediodía, que le hace ganar más a la larga, pero aunque tuviera otro puesto esperándole en otra profesión y no le pudiesen descubrir, aquí la gente pobre es honrada, no robaría. No faltaría, sobre todo a la confianza que se ha depositado en él, aquí y en todas partes la gente humilde es fiel. Con la humillación, con la miseria en que vive ese hombre, no cabe decir que sus virtudes sean un buen síntoma. Podía haberle dicho al mozo que me tomara billete para Zújar. Es por donde llegaban las cartas. El correo del pueblo iba a recogerlas allí, no porque Zújar esté más cerca que la otra estación, sino porque el correo hacia en el camino un comercio difícil con su mula, iba dejando al borde de la carretera orzas vacías y a la vuelta las recogía llenas de leche. Anuncié que llegaría por la otra estación, lo hice para conocerla. No sé lo que es ir al pueblo por ella. Ya sé lo que voy a hacer: si al llegar a la estación del pueblo no me están esperando y sigue sin ir el correo, continúo a Zújar, le pagaré al revisor. Hay cambio de tren, eso es lo antipático. Si el correo no tiene todavía coche iré en mula, con las orzas de leche, suponiendo que las orzas de leche sigan aún. La primera vez que, muertos ya el tío Rafael y mi padre, fui de hombre al pueblo, como uno de los propietarios de la Casa Grande, me fueron a recibir a Zújar dos coches, un carro y algunos jinetes. Me lo voy a contar:

Qué impaciencia, eh? por abrir la portezuela del vagón. Fue abierta, confiésalo, antes que se detuviera por completo el tren, es muy expuesto

pero las pasiones, un viaje a lo desconocido, en la noche avanzó un grupo indeterminado, negro, hacia los estribos de la portezuela. Se oyó una voz grave:

–A ver, muchachos, acercad las luces.

Cogieron la maleta. Y si no la hubieran cogido? Todo estaba previsto y preparado, dicho sea entre nosotros. La maleta sería arrojada antes del salto. Un salto en la noche. Todo menos, agarrado al vagón con la mano, estar tanteando con el pie en los difíciles estribos del vagón. Dimos el golpe. Las luces, enfocadas hacia arriba, no amenguaron el efecto. El grupo negro tuvo un movimiento de retroceso sin echar pie atrás, la sorpresa y las voces admirativas:

–¡Don Andrés!

–¡Don Andrés!

No niegues que estábamos muy satisfechos enfocados por cuatro faroles que llevaban cogidos por abajo, como si fuesen antorchas. Unas manos te palmeaban los hombros mientras hablaba la misma voz imperiosa de antes:

–¡Este es el hijo de Don Félix! No me reconoces? Has jugado conmigo cuando venías aquí de niño. Soy el tío Pedro.

–Ah, es usted Don Pedro el Caballero?

Había que hacer algo, lo instintivo era el abrazo. A Don Pedro el Caballero se le cubrieron los ojos de lágrimas:

–Ven acá. Este es mi sobrino y estos son dos hermanos de la familia de los Márquez que apreciaba muy mucho particularmente tu padre. Los demás son todos los más leales a la Casa Grande, van todas las mañanas a la cocina de campana a sentarse, como en vida de tu tío Rafael. Ya los conocerás despacio en la casa. Ahora no tenemos nada que hacer aquí. Cuando amanezca estaremos ya alrededor de una finca mía, nos detendremos y almorzaremos, si te apetece. Muchachos, volved a poner los faroles en los coches.

Sin la luz contra los ojos, se distinguió el grupo, los rostros fijos bajo las alas planas, anchas y duras de la copa redonda del sombrero.

–¡Ea, andando! Han llevado el equipaje al carro? Pues vamos a los coches. Los jinetes que no vayan delante para no echarnos polvo.

–Sí, señor. Vámonos pronto que están por ahí, en la finca de Don Dámaso los kanguros y pueden preparar algo contra Don Andrés.

Cuando llegamos al primer coche, una jardinera, el sobrino de Don Pedro, que nos había adelantado, estaba en el pescante sentado al lado del mulero.

–¡Filfa! Bájate –la voz severa, suave en el fondo, de Don Pedro–. Vas a hacer una de las tuyas y llevamos...

–No empiece usted ya, tío. Yo sé lo que me hago. Las tuyas y las mías, todo eso es filfa.

–Entiéndeme. Te digo que llevamos al hijo de Don Félix.

–Mejor nos lleva él a nosotros, sobre todo, si hay que saltar. Estuvo bien el hijo de Don Félix. La cogió al vuelo:

–Si no va Filfa en el pescante, quiero ir yo.

Uno de los Márquez se echó a reír, parecía que le costaba mucho trabajo, tenía una risa bronca, su voluminoso busto subía y bajaba perezosamente, haciendo un ruido como si agitara una bola que llevase dentro. Filfa siguió en el pescante, el hijo de Don Félix subió a la jardinera con Don Pedro y los dos Márquez y antes de que acabase de sonar el trallazo del mulero, el tronco de mulas arrancó al galope. Detrás iba el carro, se había metido entre los dos coches y se diría que iba a adelantar al primero. Era un carro de yugo. El yugo, con la carrera, caía a golpe en el cuello de las mulas, las embravecía.

Al principio todos guardaron un silencio fúnebre, después de haber encomendado a Dios el alma de Don Félix. Cuando empezó a clarear, rompió el silencio el Márquez que no había hecho antes ninguna manifestación:

–Y qué se dice en Madrid de los kanguros que por aquí nos gastamos?

–¡Uf! los kanguros, los kanguros... –murmuró, rozando lentamente sus gruesos labios con las palabras, el Márquez que se rió antes, terminó ahora riéndose otra vez lo mismo. El otro Márquez era alto, garboso, barbudo, rubio pálido y vestía de corto a la andaluza. Se rectificó. Dijo con aire sombrío:

–Don Andrés no viene en condiciones de haberse enterado de nada.

Don Pedro el Caballero se inclinó hacia tu oreja:

–Pues, hijo, los kanguros están haciendo muy mucho el caribe.

Después movió seriamente la cabeza y se arrancó la colilla que llevaba pegada en un rincón del labio:

–Te digo que un día va a haber una que sea sonada. Sonaba un ruido estrepitoso y se oían las exclamaciones del mulero que venía detrás. De pronto, aquel ruido cesó, y clara, terminante, escuchóse una blasfemia.

El mulero, que venía detrás, gritó desde su carro caído:

–A seguir, a seguir; con los kanguros no hay que descuidarse.

–Tiene razón; no hay que descuidarse.

–Tú arrea, que nosotros estamos aquí.

El Márquez majo se atusaba su barba pálida y abría los ojos.

–Tengamos paciencia, que apenas clarea y de cualquier altete de estos... o un pedrusco pequeñete... nos puede volcar; entonces sí que nos adelantan.

El mulero volvió la cara.

–¿A quién, a mí? ¡Que no me echan alrededor, que usted lo sepa!

–Tú arrea, que nosotros estamos aquí.

Siguió la carrera en aquella semiclaridad. El coche se torcía, saltaba, daba un crujido... Los viajeros iban muy serios, mientras sus cuerpos se zarandeaban con movimientos ridículos.

Sobre el ruido de los carruajes se oyó avanzar de repente una serie de trallazos.

Don Pedro el Caballero dio un bote dentro del coche.

–¡Ajo! Aquí están.

En la jardinera se sintió un tirón violento. Los Márquez hablaron a gritos:

–¡Canallas, venían con los faroles apagados para que no les viésemos!

–Pues a esos cabrones lo mismo les da ir con vela que sin vela, porque de todos los modos les ganamos.

Don Pedro el Caballero se doblaba de risa.

El mulero, de pie en el pescante, golpeaba con un palo a las mulas.

–¡Si me echan alrededor, mi amo me raja!...

Las mulas, con la cabeza levantada y las orejas echadas hacia atrás, corrían torcidas, coceando al coche.

Reconozcamos, Andrés, que estabas encantado con esta violencia, nueva para ti.

Entre grito y grito, arreando a las mulas, el mulero hacía alguna reflexión:

–Miren hacia atrás... ¿A ver? Que éstas se queden reventadas a que me adelanten, ¡eso es lo que yo prefiero!

Hacia atrás, en la semioscuridad, se veían cada vez más lejos las coronas pequeñas, brillantes, de los cigarros, y las carreras de chispas que sacaban del suelo las mulas del otro coche.

–Los dejamos atrás –dijo Don Pedro–; y además, esos no nos acompañan mucho tiempo. Van a tirar para la finca de Don Pablo.

Los dos coches seguían corriendo bárbaramente. Daban golpes a un lado y a otro. Bajaban las cuestas sin detenerse, haciendo zigzags rápidos.

–No pueden con nosotros. ¿A ver? Ya tuercen, ya tuercen, ya han torcío...

Así chillaban Filfa y Miguel Márquez, el gordo. Antonio Márquez, el majo, se irguió y dijo:

–Señores, que vamos en un peligro muy grande, llevamos una cosa sagrada en estos momentos para nosotros: al hijo de Don Félix en una jardinera que no resiste. Esto sí que es filfa.

Don Pedro el Caballero hizo un guiño y echó la cabeza atrás:

–Si te lo he dicho yo; iban a sus fincas. Esto ha sido una broma. Ellos no se ponen a correr sabiendo quién viene aquí.

Filfa hablaba a gritos:

–A ver? Vaya una broma. Si se descuida usted se la meten, tío.

El mulero no quería detener a las mulas; pero, al fin, convencido de que no le seguían, las dejó ir al paso, el cuello alargado.

A la luz del alba, Filfa abría y cerraba los ojos; las muñecas, el cuello y las rodillas le temblaban.

–Nos hemos pasado mi finca, no quise desviarme para no darnos por vencidos, pero aquí hay algo de comer.

Don Pedro el Caballero sacó una merienda de lomo, chorizos, tocino y guindillas, cuyo olor hacía estornudar. Nos creímos obligados, Andrés, o nos apeteció tomar hasta guindillas? Don Pedro se llenó la boca de tocino y guindillas, y con sus encías desdentadas amasaba el bocado.

Ya se distinguían las cosas perfectamente. El campo era quebrado, duro, seco. Había pocos árboles; se pasaba una quimérica encina o un olivo sombrío. El paisaje se extendía pardo hacia las lejanías azules de la sierra.

El coche dio media vuelta, siguiendo la carretera, y se vio el pueblo. A los lados de una iglesia levantada, erguida, aparecían muchos tejados negruzcos:

–¿Ves esa torrecita que está a la derecha de la iglesia? –te dijo Don Pedro–. ¿La única casa que tiene torre?... Pues esa es tu casa.

Todavía pasó tiempo hasta que os aproximasteis al pueblo. El Márquez majo se enderezaba, arreglándose su chaquetilla andaluza.

–Mira, Don Andrés, ahí tienes el cementerio.

Por otro lado pasaban unas mozas tostadas, negras, con trajes de colores chillones y el cántaro de barro apoyado en la cadera.

Entró el coche en una calle que tenía el suelo de pedruscos y de hoyos. Unos cerdos y unos chicos desnudos se apartaron a su paso. Algunas figuras arrugadas y negras salían a las puertas de las casas.

Las casas tenían ventanillas, con fuertes hierros. Sus fachadas estaban enjalbegadas, limpias, demasiado blancas. Era una blancura que explicaba algo negro.

El coche se detuvo ante una fachada antigua, de gran balcón central bajo el escudo y ventanas altas con grandes rejas.

Alrededor del coche se formó una turba de mujeres y chicos gimiendo.

Don Pedro el Caballero bajó del coche y los demás también.

El zaguán de la casa estaba ocupado a la entrada por hombres de sombrero redondo de alas planas y duras.

El mayordomo, ceremonioso y grave, te saludó. Los que allí había te fueron estrechando la mano. Luego se apartaron, y avanzaste por el hermoso y antiguo zaguán. A la mitad y a la derecha, en la gran cocina de campana, había mucha más gente. Los ancianos, los de más respeto, estaban en el fondo. Entraste y todos se pusieron de pie. Después, uno a uno, fueron dándote el pésame y saludándote. Don Pedro el Caballero dirigió aquella ceremonia.

Al fin se marcharon todos. Saliste otra vez al zaguán. Enfrente de la cocina había una escalera amplia y olvidada. Llevaba años sin usarse, te dijo el mayordomo.

El zaguán acaba en un patio, dejando a un lado del patio un soportal y al otro lado una escalerita de piedra. El patio se extendía detrás, desigual y grande.

Allí el mayordomo te presentó los pocos servidores que aún tenía la casa.

Primero, unos hombres que llevaban remangadas sus blancas camisas limpias sobre los brazos quemados del sol. Después, una antigua criada que daba gritos lúgubres:

–¡Ay qué doló. Mi señorito Don Félix, que Dios haya!

La última de la servidumbre que te presentó el mayordomo fue una muchacha que estaba detrás:

–Esta muchacha es la moza. Se llama Leovigilda.

–No me ponga usted tan largo. Todos me llaman Leo.

Y se quedó mirándote.

Leo. Ay, Sole, dónde estás? Los pies me han traído al Paseo de las Delicias. Allí abajo, tu solar, en el que vivías con el abuelo y las palomas. Os fuisteis por la Estación de las Delicias, en el tren de Lisboa. Quizá el abuelo te ha llevado a América, no había estado allí? América, una factoría, una

mecedora, una gran ciudad, el sofoco de la vida vegetal, de las grandes hojas, los negros calurosos del algodón, los indios inflados de las cumbres, los indios podridos de la selva, el viejo mundo español, las iglesias, un fuerte, una bandera arriada, el lamento de una trompeta militar. La miseria asiática empieza allí. Los nuevos conquistadores, los aventureros. Las grandes explotaciones. Los grandes trabajos. El canal de Panamá, cementerio de trabajadores. Las notas que impresioné de la América que contaba el abuelo. A lo mejor o a lo peor os habéis quedado en un pueblo cerca de Madrid. Nos encontraremos menos difícilmente en el ancho mundo. Si no volvemos a encontrarnos, yo no sé lo que al cabo seré para ti, dejaré de ser un señorito? Si no te vuelvo a ver, Sole, tú acabarás siendo para mí algo verdaderamente triste: un libro. (Esta profecía se ha cumplido más de medio siglo después. Véase «Las Delicias», tercer volumen de *Los pasos contados.*) Una vida disecada, te asesinaré, te rellenaré de papel y te pondré ojos de cristal. No te busco, te huyo en el recuerdo, no quiero ser tu asesino, ahora mismo voy a tomar el tren para olvidarte... pero lo que voy a hacer es encontrarte en Leo. Sole, has sido para mí la reencarnación de Leo. Mis amores castos, la campesina y la ciudadana, no de Madrid, del mundo, aunque te hayas quedado en un pueblo cerca de Madrid. Sole, no dirás que me gustan las señoritas. Las mujeres de verdad para mí sois vosotras. Sole había anulado a Leo. Ahora ya sé por qué hago este viaje dudoso, voy en busca de Leo, he dicho campesina? si es una goda, una visigoda, Leovigilda. Qué habrá sido de ti, amor, te habrás casado con un rey, con un mulero, rey de los peones? O con un minero de Pueblo Nuevo del Terrible y habrá abdicado tu monarquía de los campos para hacerte una ciudadana del mundo rebelde, precursora de Sole, mi signo indescifrado de una mejor humanidad. Los pies me han hecho dar media vuelta y ya estoy en la Estación del Mediodía, donde falta poco para que salga el tren de Badajoz.

–Tome usted su billete, señor. Pase usted. Es en la otra vía... Aquí irá usted bien, podrá bajar usted los cristales y no entrará mucho humo. Este es el vagón. Va usted solo. No creo que ya venga nadie. Aunque se le cuele a usted uno de esos del último minuto, podrá usted dormir y el otro también, cada uno tumbado en los cuatro asientos de cada lado. Puede subir alguien en Ciudad Real, pero va el tren vacío, será una mala pata que caiga en este compartimiento. Muchas gracias, señorito. Buen viaje.

Tiene gracia. Como ha visto que nadie me despide se ha creído obligado a despedirme él.

–Señores viajeros...

En esos dos vagones cuánta gente está despidiendo. Son más los que vienen a despedir que los que se marchan. Qué costumbre estúpida, se molesta al que se va, sobre todo si tiene que facturar el equipaje, y luego no se sabe qué decir; aunque falte mucho tiempo para la hora de salida, en la estación parece siempre que en seguida va a salir el tren. Ese viajero que viene corriendo con la maleta en la mano es el del último minuto. Viene a mi compartimiento, claro! como es el único que tiene todavía abierta la portezuela...

Pi ...i ...iiii... cheqcheqcheqcheq...

–¿Ha cerrado usted bien la puerta?

–...

–¿Ha echado usted el picaporte?

–...

–Perdone usted, caballero. Soy asmático y una carrera me deja imposibilitado, sin fuerzas para cerrar la portezuela. Por eso le he dejado a usted cerrarla. Si no, la hubiera cerrado yo. Tampoco le sorprenda a usted mi insistencia en saber si la había usted cerrado bien. He viajado mucho y he visto toda clase de accidentes. De los más extraños. Mire usted, una vez iba en esliping. A la fuerza, yo no me gasto esos lujos, primera y gracias en los trenes malos, segunda en el exprés de San Sebastián, pero aquella noche había sudexprés, esto de sudexprés nos viene de Francia, allí es un tren que va al sur, aquí es un tren que va al norte, un norexprés, que es como debiéramos llamarlo, y además son dos trenes distintos puesto que no pueden pasar la frontera, se lo impide la diferente anchura de las vías; por eso precisamente, porque las comunicaciones con el exterior son difíciles y somos una nación aislada, parece que tenemos que subir un escalón para salir de España, las cosas llegan más fácilmente que salen, perdone usted, caballero, ahora vuelvo al sudexprés, yo viajo afuera tanto como adentro y no puedo menos de hacer comparaciones, decía que aquella noche había sudexprés, que no tiene más que esliping y alguna primera. Yo tenía que hacer un viaje urgente. La mala costumbre, un vicio, del viajero que viaja mucho, llegar a la estación el último, no hacer el paleto esperando en el andén, me jugó una mala pasada, lo debí prever, todas las primeras estaban ocupadas y los esliping tomados de antemano; no sé si por fortuna o por desgracia, uno no estaba todavía ocupado, si no llegaba el viajero podía ocuparlo yo. A pesar de haber llegado como siempre en el último momento, tuve por primera vez en muchos años que esperar, podía haber el viajero del último medio minuto. No fue así. Las camas estaban hechas, los viajeros habíamos cenado, eran las once y media de la noche, temprano para dormir pero no había más remedio que acostarse. Mi compañero de viaje tenía tomada la cama de abajo, yo tenía que conformarme con la de arriba, pero él me pidió si no quería cambiar de cama. Claro, me extrañó, en vez de acostarse en un lecho que estaba a la altura del que seguramente usaba todos los días, era un hombre de más edad que yo, ¿qué se metía a hacer volatines para subir a la cama? le miré con curiosidad, no era un hombre como todos, justamente lo que deseaba era hacer volatines para meterse en la cama. La razón que él me dio: Sabe usted ahí abajo se va muy ahogado, no lo creí. Arriba se tocaba el techo con la punta de la nariz. Le dejé que hiciera los volatines, luego me acosté yo y velamos la luz. No sé si ha ido usted alguna vez en esliping. Cuesta trabajo coger el sueño. Cuando ya estaba adormilado me despertó, más que la voz, la cabeza colgante del señor de la cama de arriba: Caballero, usted dispense, no puedo dormir aquí, si me hace el favor, quisiera dormir en mi cama. Antes de que le contestara, empezó a bajar. Hemos deshecho las camas, dije yo. ¿Qué importancia tiene? replicó él, llevamos pijama. Volvió a repetir el juego cuando estuvo acostado en la cama de abajo, y volvió a repetirlo cuando volvió a estar en la de arriba. Entonces me planté. Si me vuelve usted a proponer el cambio de camas le saco a usted al pasillo, llamo al encargado del vagón y que le lleve a usted a dormir a la perrera, aquí no vuelve usted a entrar, le dije. Vio que estaba dispuesto a hacerlo y no volvió a rechistar. Me desperté tarde, lo cual demuestra que, una vez cogido el sueño se duerme muy bien en el esliping, el otro viajero se había levantado. La voz anunciando el desayuno pasó por el pasillo. Me fui al lavabo, la ventana estaba abierta y entraba humo, la cerré, me costó trabajo, no cuesta menos abrirla, no hace falta además, el lavabo tiene ventilación. En el vagón restaurant, otra palabra que ha bajado el escalón, la pronunciamos mal, naturalmente, ¿por qué en el tren no decimos comedor? prefiero la parada y fonda de Ciudad Real, busqué, busqué a mi compañero de viaje para excusarme de las palabras duras de la noche, pretexto, la verdad, para esclarecer el incidente, y no lo encontré, tomé mi desayuno, me fui a mi vagón, recorrí todo el pasillo, metí la cabeza en todos los compartimientos, tampoco estaba, se había cambiado de vagón? pero, cómo se había enterado que había quedado vacío un esliping? la ventana del nuestro tenía tirada la cortina, aunque a través de la rendija hubiera atisbado el andén en una de las raras para-

das que hace el sudexprés, cómo iba a trasladarse en plena noche si algún viajero había dejado vacante su sitio? Hice lo que hubiera hecho usted, lo que hubiese hecho cualquiera, di parte al encargado del vagón, confirmó lo que yo le había dicho del nuestro, recorrió todos los vagones de esliping con los otros empleados, no había duda, mi extraño compañero de viaje había desaparecido, por dónde? Se encontró una puerta mal cerrada, ve usted la importancia que tiene cerrar bien las puertas? yo me acordé que había encontrado la ventana del lavabo abierta. Cabía un hombre por esa ventana? Haciendo esfuerzos sí, ahora que parecía imposible que un hombre se arrojara del tren por esa ventana, se discutió el caso, todos los viajeros de esliping se enteraron, naturalmente, de lo sucedido, la opinión general, incluyendo la de los encargados de los vagones, fue que se había arrojado abriendo la puerta, por eso la cerró de cualquier manera, no se iba a preocupar de cerrarla bien, lo raro es que se preocupara de cerrarla bien o mal, un hombre que se arroja del tren por la puerta de un vagón abre la puerta y se arroja dejándola abierta. El tren se detuvo en la primera parada, era un apeadero, se avisó de lo ocurrido a toda la línea. Llegamos sin más a San Sebastián y un periódico de la tarde nos enteró de que el viajero desaparecido había sido hallado paseándose tranquilamente en pijama por el campo. Lo cogieron, lo llevaron a San Sebastián, sin que respondiera a nada de lo que le preguntaban, le metieron en un hospital, no tenía lesión ninguna, los médicos le declararon demente, las autoridades lo identificaron: era un industrial francés que tenía negocios en España y no había dado nunca, que se supiera, pruebas de estar trastornado. Al contrario, llevaba sus negocios muy bien, y se había tirado por la ventana.

–Ve usted, la puerta no tiene tanta importancia.

–No lo tome usted a broma, es un asunto serio, debía conocerlo usted, se habló mucho de él en los periódicos... no me interrumpa usted, ya lo veo, me va usted a decir que eso no es una prueba, lo he dicho porque debió usted leerlo...

–Yo no leo periódicos.

–Imposible. Un hombre no puede vivir hoy sin leer periódicos.

–Yo vivo.

–Vivirá usted en una cartuja, aunque tampoco. Los periódicos yo creo que llegan ya hasta a las celdas de los cartujos.

–Yo no vivo en ninguna celda.

–Si no lee usted periódicos, no es usted un hombre de nuestro tiempo. Los periódicos de ideas más fuera de nuestro tiempo son de nuestro

tiempo porque son periódicos. Un hombre que hoy no leyera periódicos estaría fuera del mundo.

–Yo estoy en el mismo tren que usted.

–Pero si no lee usted periódicos, cómo se entera usted de las cosas?

–Me las cuentan, como me está haciendo usted.

–Con años de retraso –dijo el viajero locuaz dejando correr una carcajada.

–Así no me entero más que de las que pueden valer la pena.

–La que le he contado no sé si vale la pena de usted, pero cómo es posible que un hombre se tire de un tren en marcha, con la velocidad del sudexprés, y salga ileso? La despreocupación física de la locura protege a los locos. La mente de un hombre de hoy que no leyera periódicos no estaría más apaciguada que las de los demás, al contrario, se trastornaría por fuerte que fuese y por ocupada que estuviese en esa soledad. No le digo a usted esto para que se precipite usted a abrir la portezuela sino para que se cuide de las amenazas, de lo peligroso que es la falta de noticias. El síntoma anormal que se reconoció en el señor que se tiró del tren era que no leía periódicos.

Este tipo se las da de bobo, me parece que puede ser cualquier cosa. No es un ingenuo. Acertarán los que dicen que, después de haber visto una persona, una cosa, un lugar, en diferentes situaciones, en momentos opuestos, se llega a pensar que la primera impresión es la verdadera? Ortega y Gasset es de los que da mucha importancia a la primera impresión. La que me ha dado él a mí es muy distinta de la que hubiese pensado, si hubiera sabido que iba a verlo. No le favorece la fama que le hacen desde que ha vuelto de Alemania después de haber estudiado a Kant en la Universidad de Marburgo, con ese profesor Cohen que ha promovido un movimiento neo-kantiano. El haberse ido a estudiar, sí. Es un formidable tajo, una separación del medio literario en que tenía hecho su porvenir con las dotes que tiene y las puertas abiertas por ser hijo de Ortega Munilla. Pero esos ateneistas preuniversitarios que van a consultarle todo, hasta cómo deben ponerse y quitarse la camisa, desde el punto de vista kantiano, como si se acostaran con Kant, van a hacer de él un mito. Basta con el que hay ya, con Giner de los Ríos, Don Francisco, como le llaman en la Institución Libre de Enseñanza, qué título tan poco significativo, el mito de Don Francisco ha sido vital, y sigue siéndolo, gracias a él se han hecho algunas cosas y se harán más, ha modificado el ambiente en los estudios, ha logrado un ambiente mejor, en pequeño, un ambiente de laboratorio.

La acción del mito es mítica, perece con él. Hace falta un nuevo mito. Ahí está Ortega. Los mititantes, lo contrario de los militantes, se lo apropian. La primera impresión que me ha dado Ortega es que está dispuesto a sacudírselos. No nos conocíamos de nada, apenas si nos habíamos visto de lejos. Yo le reconocí de lejos en la plaza de Santa Ana, salía del Teatro Español con Pérez de Ayala, no hacían pareja, cómo se nota en seguida eso, sea pareja del mismo sexo o de sexos diferentes. Se detuvo ante el alboroto, algunos le rodearon, vi que les preguntó y que me señalaban. Estoy seguro que ha sido por esto, él no me ha hablado ni ha aludido para nada a lo de la plaza de Santa Ana, lo único que ha dicho para motivar su acto es que se había fijado en que yo iba por la calle abstraído y decidido, lo dijo sonriendo, bajando o pareciendo que bajaba el labio inferior, resultando una mueca simpática, invitatoria. En efecto yo no le había visto cuando nos cruzamos en la calle de Alcalá, ni hubiera podido creerme autorizado a saludarle al pasar, pero no le había visto, fue él quien me detuvo, sin nombrarme, diciéndome: ¿Lleva usted mucha prisa? ¿No tiene usted tiempo para que hablemos un rato? Era media tarde. Mi aceptación fue tímida, la verdad es que estaba desconcertado. Lo que me desconcertaba era la naturalidad, el madrileñismo de Ortega, del incipiente mito, pero pensé al mismo tiempo que quizá no eran espontáneos sino queridos. Estábamos enfrente de la famosa chocolatería de Doña Mariquita, también famosa de por sí, era a su vez otro mito, un mito del nunca existente Madrid romántico, su chocolate espeso (las cosas claras y el chocolate espeso) era una realidad española. Ortega, que me había invitado a entrar, lo tomaba a la española con fruición, bañando bien el bizcocho en el pocillo. Es curioso, me acuerdo de todos estos detalles y no podría reconstruir nuestra conversación. Debí comprender instintivamente que todo lo que me decía era para conocerme, no me servía para conocerle. Me empecé a decir que haría y habría hecho ya con otros esta busca que estaba haciendo conmigo. No me cabe duda, Ortega y Gasset, tan importunado, está buscando gente joven. Para qué? Para estudiar filosofía? Para alguna acción política? O simplemente para conocer a los que no se acercan a él. Qué distinto es de los escritores del 98. De éstos, a Pío Baroja le fui yo a ver. A Valle-Inclán, me lo presentaron en un café. Unamuno y Maeztu, ausentes. *Azorín,* como luego Ortega, se acercó a mí. Había publicado aquella mañana *El País* un artículo mío en el que señalaba la disolución de lo que tenía de protesta el grupo de los escritores nuevos, decía especialmente algo contra *Azorín.* Por la tarde, estaba yo en la librería de Fer-

nando Fe, hojeando un libro, y sentí que me tocaban en el hombro, era *Azorín,* a quien nunca había hablado, que me dijo enérgicamente a media voz: Ese artículo de esta mañana está muy bien. Y se fue. Ortega no debe conocer mis artículos, no he percibido, en bien o en mal ningún indicio de que los haya leído. Lo que sí me ha parecido notar es que al mismo tiempo que busca saber qué clase de tipo era yo, se preocupaba por mí. Debe estar enterado de que me aconsejan ausentarme de Madrid una temporada. Como de la plaza de Santa Ana, no me ha hablado de ello directamente, pero ha llevado la conversación de manera que hemos hablado de mi casa solariega y con un aire falsamente distraído me ha dado envuelto en una generalidad banal un consejo exclusivo, importante para mí, quizá a lo mejor me ha detenido en la calle de Alcalá sólo para dármelo: es una gran cosa poder en un momento determinado ausentarse de Madrid, se ve todo con más perspectiva. Yo creo que es Ortega quien me ha decidido a hacer este viaje sin atractivo, empujado, para verme encerrado en este vagón con un viajero absurdo que me está hablando:

–Le estoy hablando a usted sin que usted me escuche, me he dado cuenta. Ahora se fija en lo que digo. Le decía que no parece que esté usted dispuesto a leer ese libro que ha tirado usted en el asiento. Cuando se va cómodo es muy atractivo leer en los trenes. Pero con esta luz, cómo se va a leer? Le proponía a usted velar la luz y tumbarnos a dormir. Bueno, yo no duermo en los trenes, excepto en esliping, si no puedo tumbarme en la dirección del meridiano magnético, con la cabeza hacia el norte. Es una comodidad para mis compañeros de viaje. Puedo prestarles servicios. Si tiene usted que bajar antes de Zújar duerma usted tranquilo, dígame qué estación es y yo le despertaré. Por mí puede usted seguir fumando tumbado. La pipa no hace mucho humo. Yo soy asmático y no fumo. Espero que no se cargará la atmósfera y no habrá que abrir las ventanillas, lo que además puede producir un conflicto porque suele entrar el humo de la locomotora, que es más y peor. Dispénseme usted si alguna vez le despierto con un estornudo. Yo huelo por el mentón. De acuerdo? No he podido alquilar una almohada porque he llegado tarde y veo que usted se ha olvidado de alquilarla. Como yo llego siempre tarde he aprendido la manera de suplirla. Ve usted? se levanta la mitad de la colchoneta, se apoya al gusto de cada uno en el brazo del asiento, se corre la otra mitad de la colchoneta para unirla a la anterior y, ve usted? queda como un colchón. No quiere usted que le ayude a hacer el suyo? Ah, sabe usted hacerlo. Claro que destrozamos el material, la culpa es de la Compañía, por

qué no tiene vagones cómodos? Y vamos en primera clase. Yo he tenido que viajar alguna vez en tercera, no son solamente los bancos de madera en que va uno sentado, es que va uno sacudido, como si las ruedas no tuvieran muelles y fuese uno en un carro a la velocidad del tren por una carretera de las nuestras, con viruelas de hoyos. Ha leído usted el último artículo de Luis Taboada en *Madrid Cómico* Como ahora se habla tanto de la reforma de los ferrocarriles, él propone la creación de una cuarta clase y se ingenia en imaginar cómo podría ser una clase peor que la tercera. Es muy difícil, hay que tener mucha imaginación. Bueno, nos tumbamos? De acuerdo ¿Queda así bien la luz? Buenas noches, caballero. Ya sabe usted que yo me quedo sentado. Puede usted estar tranquilo por lo que pueda ocurrir.

Se piensa mejor tumbado o de pie. O andando? Nietzsche dice que andando. Tumbado es mejor soñar. Leo, Sole, Elena, es lo mismo...

–Se sienta usted otra vez? Quiere usted que cambiemos de sitio?

–Hombre, usted es el que se tiró del esliping. Tírese usted de aquí cuanto antes. Yo le guardaré el secreto.

La carcajada del viajero locuaz, le tumbó, no pudo correr esta vez, se le atragantó. El viajero luchó, como si tuviera que desasirse de algo para sentarse. Se puso a respirar hondo por la nariz, con la boca cerrada en la inspiración y luego abierta, redonda para expirar un chorro de aire:

–Es... un... diabl...illo... quell... evaun... o ahí dentro –dijo por fin recobrando la palabra– y se divierte en cuanto puede tirando el cordoncito para cerrar la tapa. Pero no debo quejarme, me entiendo bien con él.

–Quizá habla usted demasiado.

–No lo crea usted. Al contrario. Es una gimnasia que me mantiene en forma. Hay que reconocer que tumbarse es una provocación. Es cosa de mujeres. No soy el que se tiró del esliping. Podía serlo, verdad? por qué no? Pero confieso que se me ha pegado la manía cuando viajo solo con otro viajero, de cambiar de sitio con él, aunque no haya ninguna ventaja en uno u otro sitio. El cambiar de puesto es un juego como otro cualquiera para pasar el tiempo. Viajar solos dos viajeros tiene sus inconvenientes. Viajar uno solo, en un tren como éste, es peligroso. Sobre todo si lleva dinero. Muchos viajeros de este tren lo llevan, van a las ferias, por aquí son buenas. Piense usted en lo fácil que es asesinar a un hombre que solo y desprevenido, no va a hacer el viaje con la pistola en la mano, vaya en este vagón. Cualquiera en la noche, el tren en plena velocidad, puede venir por el estribo y entrar sin que nadie le vea, asesinar sobre todo si

está tumbado, robarle el dinero y los papeles de identificación, al viajero sorprendido, tirar al campo el cadáver, la maleta y marcharse como ha venido, sin que le vea nadie.

–A dónde?

–Al vagón en que estuviera solo también, o al rincón en que estuviese escondido. Estos trenes viejos tienen rincones no únicamente en los compartimientos. Reúnen las condiciones propicias para el crimen perfecto... Usted no cree en el crimen perfecto. Pues sépalo usted: es posible cometerlo y se comete más de lo que la gente se figura. En este tren se ha cometido. Las ferias del pueblo se prestan a ello. Hay personas a quien nadie echa de menos si desaparecen, por ejemplo, ese mundo, es un mundo que existe, de jugadores de ventaja que van de feria en feria, está compuesto de hombres que en su mayoría no tienen filiación con nadie: estudiantes que abandonaron sus estudios y a quienes sus padres dejaron de mandarles la pensión, militares y solteros viciosos expulsados del ejército o de sus familias, condenados que han cumplido su pena y se han encontrado solos al salir del presidio, qué sé yo... En cualquiera de estos medios se puede realizar el crimen perfecto. Basta razonarlo bien, como se ha razonado la elección del medio. Es un crimen muy francés. A veces se descubre, ha habido algún descuido, alguna alucinación. Ha fallado algo. Por eso se descubrieron los crímenes del huerto del francés, cometidos en el medio de los jugadores de ventaja. Se les citaba en un huerto con la puerta muy baja que al cerrarse dejaba caer una piedra que aplastaba la cabeza. La guillotina de piedra no funcionó una noche o hubo un hombre con la cabeza tan dura que no se anonadó y salió corriendo. El asesino de tren también puede introducirse en el compartimiento en una estación, en la misma estación de partida, incluso antes de que llegue el asesinado, presintiéndole, como la araña esperando a la mosca, es el asesinado, no el asesino quien está predestinado. Si uno de nosotros dos tuviera que ser el predestinado, lo sería yo, me estaba usted esperando con la puerta abierta. Es una broma de mal gusto, no es verdad? Las bromas, pesadas o no darlas. Si usted no es asesino, menos lo soy yo. Puedo avisarle a usted para que no deje pasar la estación y defenderle si sube el asesino.

–El asesino lo voy a ser en efecto yo si no se calla usted, no tendrá usted que tirarse por la ventanilla.

–Aunque parece que sigue usted, bueno, digamos la broma, deja usted ver muy bien que está usted molesto. Tiene usted razón. Mis excusas.

Conocí a dos amigos que empezaron a darse bromas y hubo que separarlos porque hubieran terminado degollándose.

Este tío en vez de dormirme con sus historias me ha quitado el sueño. La verdad es que no lo tenía. Me ha dicho una cosa que es cierta: me he olvidado de alquilar una almohada. Sin almohada no se puede dormir aquí tumbado. El mozo de la estación debió advertírmelo. A ver si sentado puedo dar algunas cabezadas, de tiempo en tiempo. En Madrid no se conoce a España, esta vida campesina de las ferias y los trenes, hay también la vida de las romerías, habrá otras que uno no conoce ni de oídas. Qué cuenta la industria de Cataluña? Y es una industria pegada a la tierra. La de Bilbao está pegada al hierro, que no está en la tierra como el algodón o los rebaños, está incrustada en la tierra. Costa, de quien me habló Ortega, que no me habló de su profesor kantiano Cohen, de la universidad de Marburgo, será un sabio en el conocimiento histórico de la organización, usos y costumbres de los campesinos españoles, pero su política de calzón corto es literatura, no va a ninguna parte. Ortega le tiene en un gran concepto. Con qué fruición me ha contado que Costa había pedido a la Biblioteca del Ateneo que comprase la *Historia de Roma,* de Mommsen, y cuando llegó la obra se echó sobre ella y estuvo días sin salir del Ateneo ni para comer. Se tragó la obra de un tirón, salvo las interrupciones del sueño y de cuatro bocados de otras materias alimenticias. Acompañaron a la lectura frecuentes tazas de café. A Ortega le deleita la voracidad cultural. Y además...

... ...

–¡No sueltes la portezuela!

–Qué pasa?

Viento y humo.

–Si sueltas empezará a dar portazos y parará el tren. El viajero locuaz sostiene a otro hombre de menos cuerpo que trata de cerrar la portezuela de la izquierda, empujada en sentido contrario por el viento.

Pueden más los hombres, la portezuela vence al viento, se cierra. El viajero locuaz deja de lado al intruso, baja el cristal de la ventanilla, saca el cuerpo y es él mismo quien echa el picaporte. El intruso, un jovenzuelo escuálido, se ha dejado caer en el asiento:

–Per... mi... tan... ostez... Viene muy atrás.

–No sirves para esto. Si no te ayudo a subir te caes. Y luego si no te cojo sueltas la portezuela y entonces sí que te la cargas. Espero que estarás mejor en Hinojosa. Conozco al alcalde que hay ahora y le recomendaré que os gratifique mejor este año. Es un estíptico, no me hará caso.

–Grazia, zeñó. Y a osté también. Abur.

El jovenzuelo se ha puesto en pie, lleva atado al brazo izquierdo un pequeño lío de ropa.

–Espera, te abriré yo la portezuela.

El viajero locuaz baja el cristal de la ventanilla de la otra portezuela, por este lado no entra humo ni viento, saca el cuerpo, levanta el picaporte, vuelve a entrar el cuerpo y abre la portezuela sujetándola fuertemente:

–Baja. Agárrate bien. Pon cuidado que te vas a matar. Cierra la puerta en cuanto el jovenzuelo se escurre, saca otra vez el cuerpo, echa el picaporte y se queda mirando indudablemente a ver si el jovenzuelo se mata. No ha debido ser así. El viajero locuaz se sienta de nuevo en su sitio. No habla. Me gustaría que hablase, lo sabe y la está gozando. Se calla. No puedo pedirle que hable, le dije que se callase. La estupidez de los amores propios. Por qué no decirle sencillamente: Me había dormido, qué ha pasado? Estas portezuelas interiores, qué bien cerradas las tenemos. No necesitan picaporte ni cerradura. Trassss. Humo y viento, menos que antes, la puerta por donde entró el jovenzuelo. Es el revisor.

–Le han dejado ustedes escapar? Ah, es usted Don Santiago? Han hecho ustedes bien. No sé por qué los persiguen, es decir, si lo sé. En realidad no les persigue nadie. El hilo más delgado. Ocurre algo en una capea de feria? En seguida en Madrid los periódicos de oposición hacen una campaña contra el gobierno; los cultos, los intelectuales, que decimos ahora, protestan, qué dirán de nosotros en el extranjero? Somos un pueblo bárbaro. Los republicanos y los socialistas están en contra de los toros. Yo soy de la Unión General de Trabajadores, pero, la verdad, un socialismo sin toros me parece que sería muy aburrido. No sé por qué digo esto, la verdad es que no puedo ir a las corridas. Todo el jaleo que decía es en Madrid, pero en los pueblos no se pueden suprimir las capeas, habría que suprimir las ferias, muchos de los que en Madrid vociferan contra las capeas y los toros, en las provincias, en los pueblos los tienen que defender para defender sus puestos. El gobierno de Madrid no puede suprimir las capeas de los pueblos, y si las suprimiera no le obedecerían. Lo más que puede hacer es enviar una circular llamando la atención de los gobernadores para que tomen las medidas pertinentes al llegar las ferias. Los gobernadores a su vez envían una circular a los alcaldes o, mejor dicho, incluyen a los capitalistas en la circular que ordena con motivo de la feria la mayor vigilancia de los forasteros para impedir la entrada en el pueblo a los ladrones y maleantes. A éstos sería muy difícil impedirles el

acceso, viajan regularmente en tren, ómnibus, coche, caballo, mula y hasta burro. No viajan a pie porque las distancias no lo permiten. Los capitalistas no pueden permitirse el lujo de esos medios de locomoción. Salvo uno. El tren sin billete. Así resulta que son los únicos perseguidos aunque no los queremos perseguir. El ministro no los quiere realmente perseguir y le dice al gobernador: Tome usted disposiciones. El gobernador le dice a la guardia civil y a los alcaldes: Vigilen ustedes. Y cuando he subido a un vagón de tercera para revisar, una mujer que estaba sentada con una cesta en las rodillas y el billete en la mano, se dirigió a mí antes de llegar yo a ella y lo oyó todo el vagón: Señor, anda por el estribo un muchacho que se va a matar. Lo he dicho pero no me hacen caso y es verdad. Entonces el cabo de la pareja de la guardia civil me ordenó: Recorra usted el tren.

El revisor se sienta donde se había sentado el jovenzuelo escuálido, se coge la visera de la gorra hundida y de un tirón hacia arriba se la echa atrás. Aparecen los ojos arrugados como si todavía se defendieran del viento, saca la petaca y de la petaca un pitillo, lo parte por la mitad, se guarda la petaca con una mitad y enciende la otra:

–He tenido que hacer como que le perseguía. Le había visto ya y él a mí. Me subí a revisar el vagón de tercera que lleva compartimientos corridos, se revisan todos sin subir y bajar, para darle tiempo al capitalista y que se escondiese. Al bajar al estribo le volví a ver, había avanzado poco, no sabe andar por el estribo, hay algunos que andan como por su casa, bueno no la tienen, pero este chico, y tengo buen ojo para esto, es de los que se matan.

–¿Buen ojo dice usted? Amigo le está usted echando el malo.

–¡Hombre! estoy haciendo todo lo que puedo para que encuentre un sitio donde esconderse.

–¿Dónde puede uno esconderse en este tren? –me he quitado por fin la mordaza que me había puesto al decir que no hablara al viajero locuaz.

–Un tren es un mundo en movimiento, como todos los mundos. Tiene sitios buenos para los ricos y sitios malos para los pobres, tiene extremos y rincones –se para el revisor.

–Cuáles son, dónde se puede uno esconder?

El revisor abre los ojos para mirarme:

–Se lo voy a decir a usted, aunque no debiera decírselo. Algún día le puede ser a usted útil.

–Muchas gracias.

–Nadie está libre de cometer un crimen en un tren –me mira también el viajero locuaz.

–Los ladrones de trenes son una especialidad de la delincuencia. Yo he tenido que perseguir alguna vez, no como ahora haciéndome el distraído a un capitalista, sino de verdad a un ladrón que había robado a su compañero de viaje dormido.

–Y a un asesino?

–También, Don Santiago. A uno que había dejado abierta la portezuela del compartimiento y huía con una navaja en la mano por el estribo. No quería soltarla, eso fue lo que le perdió, creía que el peligro del hombre que le perseguía era mayor que el del tren. Anduvo sin embargo bastante tiempo y pasó de un vagón a otro cogido sólo por una mano, pero tenía la hostilidad de los viajeros que se asomaban a las ventanillas, aunque le temían, y hubiera necesitado agarrarse fuerte con las dos manos al pasar por delante de una portezuela donde un hombre había sacado el cuerpo dispuesto a echarle mano, se cayó sin salir despedido, pegado al tren. Yo estaba ya a su alcance y le grité que rodara hacia afuera, se hubiese podido, con un poco de suerte, salvar y hasta fugar. No rodó y con la mano libre se quería coger al tren, él mismo se metió debajo, se enredó, lo vi y no sé cómo fue, pero no se me olvida. Debió aturdirle el golpe.

–A los capitalistas les salva la complicidad que, como todo lo taurino, encuentran en el público.

–A pesar de ello, una vez descubiertos tienen que esconderse o desaparecer. Claro que los viajeros los esconden, es decir esconderles, no, en un compartimiento no hay dónde esconderse, no es posible meterse debajo de las banquetas. Lo que hacen posible los viajeros es este juego al escondite con el revisor. El juego del ratón y el gato. Entro yo por una puerta y el capitalista ha salido por la otra. Donde se esconde el capitalista es, tiene gracia, al aire libre. En el extremo del estribo de un vagón, en los topes entre dos vagones, este es el escondite más peligroso; el más seguro pero el más difícil de alcanzar es naturalmente en el techo. En los trenes de lujo es menos difícil esconderse. En un tren pobre, desnudo, como éste, se encuentra en el techo el mejor escondite, la garita de los frenos a mano que ya no se utilizan, pero los vagones que la tienen se siguen utilizando en los mercancías, en los mixtos y en este mismo correo de Badajoz algunos vagones de tercera la tienen. El pobre muchacho a quien estoy haciendo que persigo es incapaz de acomodarse en ninguno de esos es-

condites. Su refugio sólo puede ser un vagón en el que yo le haga creer que he estado ya y no voy a volver. Entonces, cuando el tren pierda velocidad porque se acerca a una estación, puede deshacer el lío de ropa que lleva atado al brazo, la capa, el capote de brega, su único equipaje, enrollárselo a la cabeza y salir para tumbarse en el estribo más abajo y tirarse a rodar como un tronco, con habilidad de circo. Es una suerte más y no la menos peligrosa a que obligan las capeas. La sabrá hacer si se cree obligado a tirarse del tren con la velocidad que lleva ahora? La mujer del vagón de tercera que llevaba la cesta en las rodillas para que no se la quitasen, puede, con la mejor intención del mundo, haber dictado su sentencia de muerte.

Esta muerte no es tan hipotética como las señaladas por el tío ese locuaz. Hasta él mismo guarda silencio. Lo voy a romper yo:

–Cómo se inician ustedes en esta habilidad también de circo, en andar como si nada por los estribos. La Guardia Civil, sin ustedes, no podría perseguir en estos trenes a los capitalistas ni a los ladrones.

–Yo me inicié en un mercancías con algunos vagones que llevan estribo. El servicio no exigía ir por ellos. Cuando el tren iba más despacio yo empezaba mis paseítos.

–Lo más difícil debe ser pasar de un vagón a otro.

–No señor. Para eso no hay más que abrir el compás. Las mayores dificultades las crean las portezuelas. Para pasar, con el estribo alto que es casi tan ancho como el bajo. Para subir al compartimiento es aún peor. Las portezuelas son pesadas y aunque sólo se intenta abrirlas cuando no las azota el viento, éste siempre le molesta a uno. La operación consiste en sostener con el cuerpo desequilibrado dos fuerzas contrarias que no son iguales. (Qué bien hablan los hombres cuando hablan de lo que entienden.) Con una mano hacia el vagón, con la otra hacia afuera. Estos vagones además son viejos y las cerraduras están muy duras, hay que dar un tirón como para salir disparado. Yo lo hago ya sin pensar.

–Son cosas del instinto.

–Yo creo que es la costumbre, Don Santiago.

Nos quedamos otra vez en silencio. Le da a uno vergüenza de ser viajero. Y también, hay que reconocerlo, le da a uno vergüenza de haberla tenido. El revisor aspira hondamente el humo de su ya menos que medio pitillo.

–Hacía años que no le veía a usted, Don Santiago, viaja usted menos por esta línea.

–No. Hace solamente... le voy a decir a usted con exactitud: un año, siete meses y tres días.

–Siempre su extraordinaria memoria, Don Santiago.

–Era el cumpleaños de una persona para mí muy querida.

–Ahora va usted a su feria de Hinojosa, eh?

–¡Hombre, si fuera mía! Con lo que se trafica en ella.

–En Madrid no saben lo que son las ferias de los pueblos.

–Y que lo diga usted. Se ven las mejores cosas que hay en las de Madrid y se las puede ver mejor. Por ejemplo, los fenómenos, una cosa tan interesante. Yo voy a las ferias de los pueblos para estudiarlos. Me encuentro con los más interesantes que haya visto en Madrid y aun con otros más interesantes que no van a Madrid. En Madrid llego a trabar amistad pero no puedo entrar en su intimidad como en los pueblos. Mis estudios de esta rama están hechos todos en los pueblos. Sólo por estos estudios vale para mí la pena acudir a las ferias.

–¡Don Santiago, sólo por esos estudios y... por algo más, vamos! No se haga usted el chiquito.

–¡Hombre! Mis trabajos no son para vivir y hay que trabajar para vivir. Hay muchos negocios que se ofrecen en las ferias.

–Dichoso usted que puede ir a ellas. En el tren no vemos de las ferias más que los pobres capitalistas, pobres ladrones, pobres prostitutas, los pobres maleantes y otros...

–Bah, todas las vidas son malas.

–Las de los trabajadores no!

–¡No!?

–Si dice usted malas también en sentido material, entonces las vidas de los trabajadores ya lo creo que son malas.

–Tiene usted razón. Yo no he dicho nada en contra de eso.

–Ya lo sé, Don Santiago, desde el principio que le conocí no se me pasó desapercibido que no es usted un cavernícola.

–¡Ojo! que junto a las cavernas vivieron hombres como nosotros y dejaron claves que aún no hemos sabido descifrar.

–Bien sabe usted que los cavernícolas a que me refiero viven hoy en palacios.

El medio cigarrillo del revisor se ha reducido a una colilla imposible de chupar. La arroja con cuidado al suelo y la pisa con mucha fuerza:

–Espero que ese muchacho habrá encontrado ya dónde meterse. Háganme ustedes el favor de darme los billetes. Voy a revisarlos.

Cómo abre los ojos mirando mi billete y ahora mirándome a mí. Sube y baja el taladro con la mano derecha y tiene fijo el billete en la izquierda:

–Puede usted creerme, en diez años que llevo en esta línea es la primera vez que taladro un billete para esa estación. Va usted a alguna finca que esté por allí cerca?

–Voy al pueblo.

–Al pueblo se va por Zújar. Si se retrasan los que le vayan a buscar a usted, y con lo largo de la distancia puede suceder, se va usted a divertir esperando allí. Que no sea así. Es algo tarde pero todavía pueden ustedes descansar. Buenas noches, señores.

Esta última frase la ha dicho perforando los cartoncitos cogidos delicadamente, uno al lado del otro, con sus dedos rudos. Es una frase profesional, terminante. Se guarda el taladro en el bolsillo de la chaqueta, al menos seguro, él lo ha hecho con toda seguridad. No puede seguir por el estribo izquierdo, el vagón inmediatamente anterior al nuestro es la ambulancia de correos, da un paso hacia la portezuela derecha, saca el brazo derecho, levanta, sin duda, el picaporte, sube el brazo, sujeta la portezuela con la mano derecha y la abre con la izquierda, desciende por la apertura la pierna derecha hasta posar el pie, se ve por la altura del cuerpo, que en el estribo alto, coge con la mano izquierda el pasamano exterior, desciende la pierna izquierda hasta posar el pie en el estribo bajo, el golpe pesado de la puerta y el golpe rápido del picaporte, se dibuja en la imaginación la figura del revisor marchando, a través del humo y el viento, por el estrecho camino en el aire.

–Ahora me explico todo lo que estaba viendo que pasaba en usted. Usted es uno de los sobrinos de Don Rafael. He conocido a Don Rafael. Tenía, qué el pueblo, toda esta parte de la sierra de Córdoba en un puño. Salía diputado por aquí quien él quería. Al final de su vida estuvo sujeto a influencias astrales de carácter hiperestésico libidinoso, por fortuna el ave no era siniestra, era una paloma. Permítame usted que me exprese con esta libertad debida a una curiosidad científica. Pero veo que a usted no le importa y que se ríe usted interiormente de las influencias astrales. Es un error de tantos hombres cultos como se ve que es usted. ¿Puede negarse, a la altura que han alcanzado los conocimientos humanos, que todo está en relación y forma una armonía? Si no fuera así no sería posible la ciencia. ¿No ha de haber relación entre el escarabajo y la estrella? Si no hubiese no se podría explicar las relaciones más evidentes entre las cosas más

sencillas, que no son menos inverosímiles las conversaciones, las transmutaciones: el sólido y el líquido, el frío y el fuego, el carbón y el diamante, el gusano y la mariposa. Basta. Si le gusta a usted correr fiebres, en ese pueblo hay unos galgos...

–Conozco el pueblo.

–Tiene usted sueño. Pueden ustedes descansar. Va usted a dormir. Duerma usted sin cuidado, yo le despertaré. Tiene usted que dormir ahora para no dormirse en el caballo a la carrera y matarse. Si se duerme ahora, no tema usted, no se despertará adormilado. Va usted a dormir, tranquilamente. Va usted a dormir. Va usted a dormir. Ya está usted durmiendo.

... ...

–Qué bien ha dormido usted. Desperécese usted a gusto. Estamos llegando. No hay que precipitarse. Si no han venido a buscarle a usted, el tren no parará ni un minuto. Es lo que pasa en esta estación, como en todas donde son raros los viajeros. Si han venido a buscarle a usted, el tren no partirá hasta que hayan dado con usted y cogido su equipaje. Del equipaje no tiene usted que ocuparse. Baje usted primero y yo se lo largaré después. Si no le han venido a buscar no tiene usted ni que bajarse del tren. Lo mejor es que venga usted conmigo a Zújar.

–No sé cómo agradecerle a usted. Ha hecho usted conmigo de nodriza. Está usted haciendo de ayuda de cámara. Yo no tendré nunca ayuda de cámara ni tengo ya nodriza. Pero, me quiere usted decir en toda confianza, por qué se preocupa tanto por mí?

–No me haga usted reír. No estoy tumbado, pero va a amanecer y es una hora de cuidado para el asma. Se ve que es usted madrileño. Bueno, yo soy de Valladolid que es donde se fabrica el alcaloide del madrileñismo. No es cosa de broma. Le he examinado a usted todo lo que he podido y debo decirle, ahora que estamos llegando a la estación donde quizá nos separaremos, que tenga usted cuidado. Está usted en peligro.

El tren se está parando. Aquella lucecita fija debe ser la estación... Esta que se acerca al furgón de cola, el factor. No veo a nadie.

–¡Don Andrés!

Ah, sí, aquellos bultos.

–Señor –le voy a dar la mano– fuera de toda broma, gracias a usted hemos pasado el viaje lo mejor posible.

–No olvide usted lo que le he dicho.

Cuesta trabajo abrir la portezuela, como decía el revisor.

–Cuidado, que no se ve dónde se pone el pie... Ya está, tenga usted la maleta.

No pesa nada y cómo estorba. Al suelo. A ver quiénes son los que se están dirigiendo hacia mí. Voy a su encuentro.

–Y el salto? ¡Qué has hecho del salto, te acuerdas, Don Andrés! Aquí me tienes. Adonde me has hecho venir. El tío Pedro está en Córdoba. Los demás no han querido venir a este sitio perdío. Dicen que hubieran ido a Zújar. No es verdad. Tampoco hubiesen ido.

–Y los Márquez?

–Dijeron que iban a venir, pero no estaban prestos ni sus caballos ni ellos.

El farolillo del factor viene a lo largo del tren:

–Retiren ustedes la maleta –dice el factor acercándomelo a la cara.

–Tu, qué haces aquí? Coge la maleta y llévatela a la mula.

–Y Luis Fernando?

–También está en Córdoba. Ahora hay muchos viajes a Córdoba.

–Y los kanguros?

–Los del pueblo han desaparecío. Pero ahora nos ha llegado de Madrid una kangura, bueno, ya la verás.

–Cómo se le ha ocurrido venir por esta estación? Han bajado ya su equipaje, has cogido el pan? –el jefe de estación toca el pito, después que el factor afirma con la cabeza. El farolillo del factor se balancea. Qué hermosa soledad.

Cheq... cheq... cheaheacheq... El tren arranca dando una vuelta, qué bonito.

–Todo eso no es filfa –lanza por la ventanilla de un compartimiento un vozarrón.

–Todo son moscas –el grito de Filfa ha sido adelantado por el tren que nos enseña su luz roja, fugitiva, del furgón de cola. El farolillo del factor se aleja en dirección contraria.

–Venía contigo Don Musa?

–No sé quién es Don Musa.

El aroma de los eucaliptos en esta noche tan serena.

–Es un pescador que baja al río –el jefe de estación parece enfadado, ha notado que sigo el paso de ese canto lejano, no se distinguen las palabras del pescador que espera cantando el día.

–Quiere usted descansar y tomar un bocado? porque he visto que no han traído ustedes alforjas –el jefe de estación se dirige a mí pero habla

para todos–. No tengo mucho que ofrecerles, los huevos que me ponen las gallinas, el pan de Ciudad Real que me deja el tren una vez a la semana, el poco de agua que me deja todos los días...

–Y con qué guisas?

–Los avíos del ajo blanco tiene que ir a buscármelos el factor, que está a mi cargo, al pueblo. Una vez al mes porque me quedo yo haciendo de jefe y de factor. Estoy solo. La mujer y los chicos tuve que enviarlos al pueblo. Dos me cogieron el paludismo. Esta es una estación de castigo y yo llevo aquí más de dos años. ¡Si usted pudiera recomendarme en Madrid!

–Tenemos que galopar, por eso no hemos traído alforjas. Y no podemos perder tiempo. Vamos a ensillar los caballos, que el mulero que he traído no sabe hacerlo.

–Hablaré en Madrid de esta estación, pero no se haga ilusiones, yo no soy nadie y nadie me hará caso.

Los pasos del jefe de estación no cantan, se alejan sordamente.

–Los caballos nos han sentío.

Los cobijan de qué? las encinas.

–Tú, dónde estas? sirve para algo. Ponles las monturas y desátalos, yo los cincharé. Deja, Don Andrés, te has olvidado de cómo se cincha un caballo o no lo has sabido nunca.

Este Filfa, su risa entrecortada. Le tiemblan las manos y arruga los ojos, va a amanecer pronto. Le falta el trago, podía llevar una botella. No, eso no lo hará nunca. En cambio en el casino...

–A caballo! Cuidado con las encinas, no se ven bien las ramas... Estamos ya en la carretera.¡A correr!

No me hacen falta espuelas. Me había olvidado de que aquí los caballos corren tan naturalmente como andan. No tienen más que esos dos pasos. Ahí va! Qué es esto. Cómo se ríe este Filfa. ¿Por qué ha saltado el caballo?

.....

Otro salto.

.....

Otro

.....

Cada vez más cerca

.....

Una zanja

.....